PASIÓN DE VIVIR

JOAQUÍN LAVÍN

1 EL INTERNADO
Un pueblito en Alemania
Los años de colegio
Los secretos de las mil Avemarías
Las máquinas trilladoras
La casa de Avenida Suecia

2 LA UNIVERSIDAD Y EL GREMIALISMO
La obsesión por el dinero
De la democracia cristiana al gremialismo
Schoenstatt y Bárbara
Cecilia

3 LOS AÑOS EN CHICAGO
El ambiente adverso
México.....o Chile

4 MIGUEL EN ODEPLAN
Luchar contra la pobreza
La generación protagónica
Vida familiar
Hacer cosas ¡ahora!
Los "almuerzos" de Odeplán
Salir a las regiones
La persecución implacable
Miguel: ¿un dogmático?
El uso del tiempo
El equipo económico
Un alemán - chileno

5 LOS NEGOCIOS
Abejas y pinos

6 EL PRIMER GRAN CAMBIO
Pedro Pablo se va

7 EN EL BANCO CENTRAL
El dólar a 39 pesos
La devaluación
Alejamiento del Gobierno
Carta de renuncia
Respuesta del Presidente

8 PARTICIPACIÓN EN EL MOVIMIENTO DE SCHOENSTATT
Preocupación por la Iglesia
Los golpes de timón

9 LA DESPEDIDA EN "LA ESTANCIA"
Las palabras de Pablo Baraona

" No querrás ser general de cualquier causa"

10 DIAGNÓSTICO: CÁNCER
Ofrecer la vida
Preparándose para morir

11 LUNA DE MIEL ESPIRITUAL
Diario de un enfermo
"Hay que humanizar Chicago"
Monseñor Camus: intercambio de cartas
El cáncer sin origen

12 LA CONVERSIÓN DE GERARDO SASSE
Apostolado telefónico

13 ACERCAR A LOS AMIGOS A DIOS
El rosario de las siete y media
Las largas conversaciones
Dirección espiritual
El santuario - hogar
La visita del Presidente

14 MORIR UN 18 DE SEPTIEMBRE
Las despedidas
Significado de su muerte
Carta al Presidente

15 EL REGRESO DEFINITIVO A BUIN
"Sólo en el cielo lo sabremos"
Se dejó conducir como un niño.

1.El internado

A comienzos de 1983, postrado en cama luego de saber que padecía de una enfermedad que más temprano que tarde le acarrearía la muerte, Miguel Kast decidió empezar la grabación de un cassette contando su vida a sus cinco hijos, el menor de los cuales, Bárbara, cumplía en ese entonces dos años. El relato quedó inconcluso y sólo alcanzó a abarcar su niñez y los años del colegio. Se iniciaba así:
" Queridos niños: el papito tiene una enfermedad grave y puede ser que en un período corto ya no esté con ustedes, se haya ido donde la Virgencita y el niñito Jesús. Desde allá los voy a estar vigilando y cuidando todo lo que pueda. Pero, de todas maneras, como ustedes son chicos y es muy posible que ya después de poco tiempo no se acuerden de mi voz, ni de cómo era el papá, quiero empezar a grabar unas cintas en las que les voy a contar toda mi vida. Las penas y alegrías que he tenido en la casa, después en el colegio, cuando me casé con su mamá, en Chicago, cómo fueron naciendo cada uno de ustedes, lo que he pensado y soñado para ustedes.

" Quiero dejarles este regalo para que cada uno de ustedes sepa de dónde vino y qué tipo de papá tuvo. Aunque tú, Barbarita, especialmente, y tú Tomás, y también tú, Felipe, ya no se acuerden mucho. Pablo y Miguel son más grandes, pero también se van a olvidar de muchas cosas."

Un pueblito en Alemania

Miguel nació en Alemania, en un pueblo llamado Oberstaufen, el 18 de diciembre de 1948. Oberstaufen queda a unos ciento veinticinco kilómetros al oeste de Munich, en el sur de Alemania. Allí tenían su casa Miguel Martín Kast y María Cressentia Olga Rist.

Se habían casado en 1946, sólo meses después de que Miguel Martín Kast regresó del frente de batalla al término de la Segunda Guerra Mundial. Junto con otros jóvenes de su zona, todos pertenecientes a la clase de 1924, debió enrolarse en el ejército alemán. Luego de prestar servicios en un regimiento de artillería de montaña, fue enviado a Francia en 1942.Al año siguiente participó en la campaña del frente ruso, en las batallas que tuvieron lugar en la península de Crimea. En 1944 su unidad se desplazó a Italia y se encontraba en Trento cuando se produjo el cese del fuego.

Miguel Martín Kast, que había ascendido de simple soldado a teniente del ejército alemán, debió entregarse a los norteamericanos. Algunos días después, en abril de 1945, salta desde el segundo piso de una escuela, donde se hallaba prisionero, y escapa. Caminando treinta kilómetros cada noche, y escondiéndose durante el día, logró cruzar los Alpes y llegar a su pueblo dos semanas después.

En adelante, su vida transcurriría en estrecho contacto con la naturaleza, entre el trabajo del campo y las labores en una pequeña industria maderera.

Cuando Miguel Kast Rist tenía un año y medio, nació su hermana Bárbara, en Julio de1950. “Le pusimos ese nombre en honor a Santa Bárbara, patrona de los artilleros, a quien me había encomendado muchas veces durante los años de guerra”, contaría después su padre.

Al igual que muchas otras familias de la Alemania de post-guerra, Miguel Kast y Olga Rist decidieron buscar nuevos horizontes en América; en el caso de ellos, concretamente en Chile. Primero se embarcó Miguel Martín para llegar hasta Buenos Aires y seguir en tren a Santiago.

Debido a la falta de recursos económicos, solicitó ayuda a unos amigos alemanes, con la que pudo comprar una parcela en Linderos, que tenía una casa de adobes y trescientos árboles frutales. Recién entonces Olga Rist, acompañada de sus hijos Miguel, de dos años y medio, y Bárbara, viajó a Chile a reunirse con su esposo.

“ Cuando mis padres decidieron venirse a Chile, no vendieron ni la casa ni la tierra, porque la habían heredado de mi abuelo y la idea es que quede siempre en la familia y la tierra no se venda, ya que ahí están nuestras raíces. El Opa y la Oma partieron a Chile sin tener idea de castellano y con muy poca plata, sólo con lo que obtuvieron por la venta de unas vacas”, cuenta Miguel en la grabación dejada a sus hijos.

La parcela de Linderos tenía cuatro hectáreas y una casa de dos pisos de barro y paja. Esta carecía de electricidad y de agua potable, la que había que ir a buscar a la orilla del camino. Olga Rist tuvo una gran impresión al llegar a la parcela, ya que no era lo que había imaginado antes de partir de Alemania. El joven matrimonio, junto a sus dos pequeños hijos, debió trabajar duro, especialmente en los primeros años, dedicados a cultivar la tierra y criar gallinas.

En este ambiente de trabajo y mucha unidad la familia Kast Rist continuó creciendo. A Miguel y Bárbara les siguieron después Erika, Mónica y Christian, Verónica y Gabriela, y algunos años más tarde Hans, Rita y José Antonio.

Los años de colegio

Miguel, Bárbara y otros dos niños de una parcela vecina empezaron sus estudios de primera y luego de segunda preparatoria con un profesor alemán ya jubilado.

Pero la vida cambió totalmente para Miguel cuando llegó el momento en que debía seguir sus estudios escolares en Santiago. Entró a tercera preparatoria al Liceo Alemán. Fue un período difícil, al que le costó adaptarse. Venía del campo, no tenía amigos y entraba a formar parte de un grupo de personas que ya llevaba dos años junto. Además, alojaba en Santiago en una pensión donde vivía sólo gente mayor.

Pero esto duró poco tiempo, ya que luego sus padres decidieron cambiarlo al Colegio Alemán.

En el nuevo colegio vivió también un período de dificultades, pues no tenía amigos y era absolutamente negado para los deportes y la música. "Le daban mucha importancia a las clases de gimnasia y me ganaban hasta las mujeres del curso. En la clase de música me mandaban al fondo para que no se escuchara mi voz", decía Miguel.

Mientras tanto, seguía viviendo en una pensión y poco a poco su carácter se hizo cada vez más difícil. Según los que lo conocieron mejor en esa época, se transformó en un verdadero "pelusa", haciéndose amigo de los más peleadores del curso.

Entre los acontecimientos más importantes de su vida en esos años, está la muerte de Mónica, una de sus hermanas menores, quien se ahogó en un canal cerca de la parcela, el 24 de diciembre de 1957. " A Miguel lo marcó la muerte de Mónica. Fue un golpe enorme. Después se le notaba mucho más pensativo, más profundo", cuenta su padre.

El secreto de las mil Avemarías

En el Colegio Alemán la vida continuaba. Miguel conoció al padre Carlos Pfeiffer, quien se hizo muy amigo de la familia Kast Rist. " Siempre me conversaba de Dios" - cuenta Miguel -, pero yo le decía que Dios me quitaba mi libertad, obligándome a cumplir los Diez Mandamientos. Un día el padre Carlos me contó un secreto: me dijo que si uno rezaba mil Avemarías el día antes de una fiesta de la Virgen, podía pedirle a ella un deseo, o un regalo". Así aprendió Miguel una devoción que lo acompañaría a lo largo de toda su vida y, especialmente, en los momentos en que debía tomar decisiones importantes.

" La verdad es que yo no le creí mucho al padre Carlos. Pero dije: voy a hacer la prueba. Y un día, en Buin , recé las mil Avemarías (me demoré casi todo el día), y le pedí a la Virgen que me hiciera el mejor alumno de mi curso". Miguel sentía la necesidad de destacar en los estudios, sabiéndose "malo" para la gimnasia, el dibujo, los trabajos manuales y la música.

Y fue así como poco después del día en que rezó las mil Avemarías "por probar", sus padres, a quienes no gustaba mucho que Miguel estuviera en un colegio mixto, decidieron mandarlo interno al Hispanoamericano. En ese colegio, de sacerdotes españoles, estaban casi todos sus amigos de Buin, entre los que destacaban Tomás Ortiz

y sus hermanos. En un pueblo pequeño como Buin, donde prácticamente todos se conocían, Miguel tuvo siempre muchos amigos, y no resultó extraño que a su muerte, cuando el cortejo se aproximaba al cementerio donde descansan sus restos, todas las familias de Buin lo despidieran con pañuelos blancos desde las veredas y balcones.

Al principio el Hispanoamericano no le gustó. " Los curas españoles hablaban tan cerrado que no les entendía nada. Pero la Virgen cumplió su promesa. No sólo me transformé en el primer alumno del curso, sino que me saqué el mejor promedio de todo el colegio, un 6,8, y todos los premios", contaría Miguel después.

En todo caso, la mejoría en los estudios no fue aparejada con un cambio en su carácter. Aún tenía en esa época una especie de doble personalidad. En el colegio era "mateo", buen alumno, pero llegaba a Buin el sábado y se portaba pésimo: peleaba con sus hermanas, les pegaba, discutía con su madre a garabato limpio. Bárbara lloraba y le decía a su madre: " Miguel se va a ir al infierno".

Otra fuente de discusiones con su padre la constituían los trabajos en la parcela. " Te trabajo, pero no me pagas", le reclamaba a su padre. " Desde chico tuvo que ayudar acá en los trabajos en los gallineros- recuerda don Miguel-. Un día me aburrí de que se hubieran juntado tantos clavos en el patio y le dije: Vaya a recoger clavos y le pago, digamos $1 por clavo. En un día juntó $ 350. A veces los alrededores de la casa se llenaban de gorriones, y le decía: "Por cada cabeza de gorrión que traigas te pago determinada cantidad". Le pedíamos la cabeza de los gorriones para que no nos "hiciera lesos" trayéndonos los mismos dos veces. Según su conducta, tenía que trabajar más o menos. Cuando se portaba mal debía limpiar los gallineros. Empezamos a darnos cuenta de que cuando yo le pagaba por un trabajo, buscaba a otros amigos y les pagaba la mitad para que lo ayudaran, usándolos como "medios pollos".

Poco a poco, Miguel empezó a ganar dinero en pequeños negocios que inventaba. Aprovechaba los partidos de fútbol de los domingos en Buin para vender bebidas, las que compraba al por mayor. "Compraba en 10 y vendía en 20". Luego se hizo fotógrafo aficionado, sacando fotos de primeras comuniones, bautizos y matrimonios en Buin, las que mandaba a revelar a Santiago. A los doce años empezó también a trabajar como cajero en el negocio de su padre ("Bavaria"), tanto los fines de semana como durante las vacaciones.

Las máquinas trilladoras

"Después de las peleas de los primeros años, la verdad es que me encantó trabajar – cuenta Miguel -. Partí con un turno en el local que abrimos en Fátima. Me hice de una pololita que pasaba a ver al salir del trabajo, y me sentía "el hoyo del queque". Al año siguiente, el papá quiso que le ayudara con las máquinas trilladoras. Me metí mucho en el trabajo y después empecé yo a comprar mis propias máquinas".

Miguel tenía catorce años cuando compró su primera máquina trilladora. La adquirió en un remate y su padre firmó las letras. La segunda vino poco tiempo después. Cono no tenía dinero, solicitó a don Enrique Tocornal que le vendiera una a pagar en la medida en que empezara a trabajarla. Miguel ofreció cancelar la mitad al término de la cosecha de ese año y el cincuenta por ciento restante un año después. Enrique Tocornal accedió a la solicitud del joven empresario, y Miguel cumplió con el pago como lo había prometido. Las actividades prosperaron, y cuando tenía diecisiete años ya había comprado seis automotrices.

Según relata su padre, “desde los catorce años, una vez terminadas las clases, Miguel se iba trillando desde Buin hasta Osorno. Por la administración de mis máquinas yo le pagaba los gastos y un diez por ciento por el trabajo que me hacía. Entonces me decía: si me consigo alojamiento más barato, la diferencia es también mía”.

Todos los veranos, a principios de enero, Miguel partía a Longaví, lugar que pasó a constituir su centro de operaciones en el trabajo de las trillas. Para ahorrar dinero alojaba donde unos sacerdotes amigos de la familia, en un convento de la localidad. “ Trillaba casi todos los fundos desde Longaví hacia la cordillera, y fue la experiencia más linda que he tenido en negocios. Los fines de semana volvía a Buin. Me gustaba quedarme viendo televisión los domingos hasta que terminaba la programación, a la una y media de la mañana, y después me iba a Longaví. Llegaba a las cinco de la mañana a arreglar las máquinas y estar listo para empezar bien temprano”.

En el negocio de las máquinas trilladoras Miguel adquirió una gran experiencia, que posteriormente le sería muy útil, especialmente en su trabajo en el Gobierno: el trato con la gente. “Aprendí a tratar con la gente pobre igual que con la rica. Lo importante es conocer bien a las personas, escucharlas con respeto, y cumplir uno su palabra. Mi experiencia de ese tiempo fue que si uno cumple, la gente también le cumple a uno”.

Uno de sus primeros clientes fue don Carlos Montero, con cuya familia unió a Miguel después una gran amistad. “ Me lo topé un día en Curicó como a las cinco de la mañana- dice Miguel -, y quedó impactado al ver que yo trabajaba desde tan temprano. Me llevó a su fundo y llamó a todos sus hijos ante mí y los empezó a retar: “Ayer vi a este chiquillo trabajar a las cinco de la mañana, mientras ustedes dormían”, les dijo. Yo estaba muerto de vergüenza”.

Otro de los clientes importantes de Miguel era Francisco Urrutia, dueño del fundo más grande de Longaví. “Recuerdo que a mi papá siempre le faltaba plata, y me llamaba por teléfono desde Buin para ver qué podía hacer. Entonces, para ayudarlo me iba donde Francisco Urrutia y le pedía que me adelantara una parte del pago del trabajo que le iba a hacer. Me extendía unos cheques fantásticos. Como a las ocho de la noche partía a Longaví y después de comida me iba en camioneta a Buin. Mi mayor alegría de ese entonces era llegar donde mi papá, golpear la puerta del dormitorio como a las dos de la mañana y decirle: papá, te traje un cheque grande”.

No todo en el trabajo era agradable. Miguel tuvo a los quince años su primera experiencia difícil como jefe de un equipo humano, al enfrentar la huelga de los operadores de sus máquinas en un viaje a Osorno. Además, “junto con aprender grandes cosas, traté con los burócratas. Vi cómo funcionan los controles estatales excesivos”.

La casa de avenida Suecia

Compañeros de curso cuentan que hubo dos épocas en la vida escolar de Miguel. Durante los primeros años de las humanidades, éste se caracterizaba por ser tranquilo, con muy buenas notas, pero no llamaba la atención porque en su colegio se destacaba el que era atleta, y Miguel no lo era. Todos le querían, pero no tenía influencia en sus compañeros.

Su actitud cambió desde cuarto año de humanidades. De pronto Miguel se reveló como una persona distinta y empezó a aflorar el líder. “En el colegio, dentro de los alumnos, había entonces una fuerte resistencia a lo que era religioso, pero Miguel se atrevió, cuando estábamos en quinto año de humanidades, a formar “las comunidades”,

que eran grupos de formación cristiana. Era el presidente. Ahí ya estaba en una función de liderazgo, influyendo realmente en su curso. Tenía también gran capacidad de trabajo", cuenta uno de sus compañeros.

Miguel fue en el colegio una persona de muchos amigos, pero hay que tener en cuenta que los viernes en la tarde se iba a Buin, así es que estaba fuera de los circuitos de cumpleaños, fiestas y reuniones de fin de semana en Santiago. Entre sus amigos destaca Joaquín Ruimalló, quien sufría una grave enfermedad a los huesos, que le impedía caminar por sus propios medios. " Fue su mejor amigo. Miguel tendía a apoyar a los más débiles".

Un año antes que egresara del Hispanoamericano se produjo un hecho que también influyó sobre la vida de Miguel. Cansado de las pensiones y de los innumerables viajes a dejar y buscar niños al colegio, sus padres decidieron comprar una casa en Santiago. Según relata don Miguel, "seguimos viajando a Santiago ida y vuelta hasta que nos chocaron una vez. Llegó un momento de tanta tensión que decidimos, con gran esfuerzo, comprar una casa en avenida Suecia, casi esquina de Pocuro. Ahí se criaron casi todos nuestros hijos, con una señora alemana que estaba con nosotros desde antes. Miguel era el mayor y prácticamente hacía de dueño de casa".

Miguel recuerda los años de la casa de Suecia como un período de mucha alegría. Prácticamente le cambió la vida. De una pensión pasó a una casa que sentía como propia, a la que podía convidar amigos y en la que estaba junto a sus hermanos. " Ahí nos fuimos a vivir todos los que estábamos en Santiago en el colegio. La Bárbara, Erika, las mellizas, Christian, Hans y yo. Estaba feliz de salirme del internado. Tenía una moto para ir al colegio. Ese año, que fue el último de colegio, junto a los primeros años en la Universidad, lo pasé fantástico".

La vida social, las fiestas y las salidas durante los fines de semana, adquirieron especial preponderancia, al igual que largas conversaciones con las amigas de Bárbara, a veces hasta altas horas de la noche. "Comencé a convidar amigos para la casa, hacíamos fiestas y la puerta estaba siempre abierta. Me sirvió mucho todo ese período porque aprendí a perder la timidez y el miedo a la gente, y empecé a tener muchos amigos", contaba después Miguel.

2. La Universidad y el gremialismo

Miguel quería ser empresario, y ya se sentía, por las actividades que desarrollaba, involucrado en el mundo de los negocios. Para alcanzar su objetivo, decidió ingresar a estudiar Administración de Empresas en la Facultad de Economía de la Universidad Católica.

La etapa de sus estudios universitarios constituyó una de las más importantes de su vida, ya que las personas que conoció en esa época- compañeros de curso, amigos y profesores -, resultaron determinantes en su formación, y lo acompañaron más tarde en el equipo económico del Gobierno.

La Escuela de Economía de la Universidad Católica tenía características que la hacían muy especial. Estaba a cargo de un grupo de profesores jóvenes- como Sergio de Castro, Pablo Baraona, Ernesto Fontaine y Patricio Guzmán, entre otros -, que establecían una relación muy directa con sus alumnos, llegando de hecho a ser sus amigos. Además, había un especial "espíritu de Escuela", una mística, no sólo fomentada por la referida relación con los profesores, sino también porque la Escuela de Economía estaba ubicada lejos del resto de la Universidad, muy arriba, en la calle Charles Hamilton, en Los Domínicos. Esto hacía que los alumnos pasaran prácticamente el día en la Escuela, sin volver a la casa entre clase y clase debido a la

lejanía. Indudablemente esto les daba más tiempo para estudiar y, sobre todo, para conversar y hacer amistades.

Como alumno, a Miguel se le recuerda por su carácter competitivo. Fue siempre uno de los tres primeros del curso y era bastante ordenado para estudiar. El certificado final de notas de la Escuela de Economía revela un promedio significativamente superior a seis, lo que no era fácil de obtener. En el examen de grado, que todos los alumnos debían dar como prueba final de la carrera, fue aprobado "con distinción".

Para los que lo conocieron cuando recién ingresó a la Universidad, Miguel destacaba dentro del curso por diversas razones. Era muy activo, lo que lo hizo transformarse en un líder. "No pasaba inadvertido porque miraba a los ojos. Era optimista, siempre estaba sonriendo", cuenta uno de sus compañeros. "Además, parecía tener mucha experiencia en la vida". En contraste con el resto de sus compañeros, la mayoría de los cuales no tenía aún ninguna experiencia laboral, Miguel a los diecisiete años "ya era rico". Poseía un patrimonio formado por varias máquinas trilladoras, y una camioneta que impactaba a sus amigos.

El profesor Ernesto Fontaine señala que "desde sus primeros días en la Universidad, Miguel me llamó la atención: era alegre, amistoso. Visitaba frecuentemente mi oficina y la de otros profesores, siempre apurado, con su mechón dorado sobre la frente y comiéndose las uñas; lleno de entusiasmo, lleno de ideas. Estaba metido en todo: en la recepción del primer año, en la semana del novato, en el día de la Escuela. Le alcanzaba el tiempo para todo y para todos".

La obsesión por el dinero

El problema del dinero era posiblemente el que más preocupaba a Miguel en ese entonces. Los difíciles primeros años de su familia en Chile, y el trabajo duro de sus padres por forjar una situación para sus hijos, influyeron en su personalidad. De esta forma, la apretura económica no fue para Miguel Kast algo teórico, sino que la vivió en la realidad. Asimismo, sus años de trabajo, casi desde niño, lo entrenaron para ser empresario.

Según su padre, "Miguel fue distinto al resto de los niños de su edad. Fue empresario a los catorce años porque ello le gustó. Incluso, era extremista en este sentido: cuando ganaba plata, ganaba plata de frentón, y no se le fue nunca un cliente sin pagar. Los perseguía y no aflojaba".

Trabajar y ganar dinero se transformaron para Miguel casi en una obsesión, la que se propuso decididamente superar. Es él mismo quien lo contó muchos años después: "Corrí un grave peligro: monetizarme. Toda mi vida he tenido estos dos polos de atracción: servir a la gente y al país o servirme a mí mismo tratando de ganar dinero en grandes cantidades. Con las máquinas trilladoras me iba bien, y vi que le podía ayudar al papá. Pero me fue "pescando la máquina" y al final tenía poco tiempo para mis hermanos, para mis amigos, y para pensar en mi vida. Tanta fue la obsesión por ganar dinero que cuando salí del colegio lo único que quería era entrar a una universidad donde no hubiera huelgas y me pudiera recibir en el menor tiempo posible. Quería salir luego y ponerme a trabajar.

"No sé por qué me pasó esto, pero creo que se debe a que cuando era chico me tocó vivir los comienzos más difíciles de mis papás. Siempre veía que estaban inseguros por la falta de dinero. Como yo era inseguro, quería tener dinero. Tuve un patrimonio de

varias máquinas y una camioneta. Todo eso valía como cuarenta mil dólares, y pertenecía a un niño de diecisiete años. Pero me vino esta obsesión de trabajar como loco, de no tener horario. No comía ni conversaba, ni nada."

Según lo confesaba después el propio Miguel, a "curar esta obsesión" contribuyeron diversos hechos, entre los que se destacan su incursión en la política, su vida sentimental y religiosa y, muy especialmente, la muerte de su hermana Bárbara. En todo caso, la "cura" fue total, y Miguel se caracterizó después precisamente por su generosidad en materias de dinero, lo que se tradujo en múltiples acciones concretas de ayuda a diversas personas.

De la democracia cristiana al gremialismo

El pensamiento político del joven Miguel Kast se vio, sin duda, influido por la particular situación familiar que le había tocado vivir. Su primera participación en la política activa se remonta a la campaña presidencial de 1964, con ocasión de la candidatura de Eduardo Frei.

La experiencia de la guerra en Alemania y la posterior ocupación soviética con sus consecuencias en materia de libertades personales, era algo sobre lo que Miguel escuchaba hablar a su padre desde niño. Esto hizo que madurara en él un fuerte sentimiento anticomunista." No entendía nada de política, pero me di cuenta de que si ganaba Allende significaba el triunfo del comunismo, y yo sabía por mi papá lo que había pasado en Alemania cuando los comunistas llegaron al poder. Sabía cómo se quitaban las libertades básicas y se prohibía la enseñanza católica. Además, yo ya era un pequeño empresario, y como tal, partidario de la empresa privada."

Como siempre Miguel se metía entero en lo que hacía, pronto se incorporó decididamente en la campaña de Frei, el único candidato que tenía reales posibilidades de triunfo frente a Salvador Allende. Trabajó en estrecho contacto con el senador Rafael Gumucio y Andrés Aylwin, diputado democratacristiano por la zona de Buin y Paine, consiguiendo adhesiones para Frei. Participó también en la "Marcha de la Patria Joven", oportunidad en que caminó desde Paine hasta el entonces Parque Cousiño.

Su afinidad con la Democracia Cristiana se mantuvo durante los meses siguientes, en los que trabajó también por las candidaturas de Gumucio y Aylwin en la elección parlamentaria de marzo de 1965.

Poco a poco, sin embargo, esta afinidad se fue deteriorando debido a circunstancias concretas. Una de ellas la más importante, fue el problema que la reforma agraria de Frei produjo en los campos, territorios que Miguel conocía y recorría todos los fines de semana y durante sus trabajos veraniegos. "Me empecé a dar cuenta de que algunos de mis amigos, a quienes creía idealistas, comenzaron a tener actitudes que no me gustaban apenas llegaron al poder, y los que fueron mis candidatos en 1965- Gumucio, Jerez y otros- empezaron a discrepar del propio Frei. En el verano de 1966 salí a las trillas y observé que en los campos había activistas que recorrían los fundos enseñando a los trabajadores a "odiar" a sus patrones. Además, comencé a palpar que el derecho de propiedad estaba amenazado.

"Mi papá, que sabía que yo era democratacristiano nunca se metió, pero un día me dijo: " Miguel, tú escuchaste durante la campaña presidencial los discursos sobre la reforma agraria, lee por favor la ley". Me la leí, y concluí que con esa ley se podían expropiar todos los fundos de Chile. Y contrariamente a lo que se había dicho, en vez de

premiar al buen agricultor, dándole la posibilidad de comprar más tierra, estaba prohibido tener más de un cierto límite de ella".

Miguel Kast se desilusionó de algunas actitudes de personeros con los que había sentido afinidad. Envió una carta personal al Presidente Frei, que respondió su Ministro de Agricultura, Hugo Trivelli. "Me di cuenta de que había trabajado para conseguir votos en apoyo de ideas que, finalmente, eran contrarias a las mías".

Su experiencia con los políticos dejó el terreno abonado para el "gremialismo", lo que se manifestó a la llegada a la Universidad. En ésta trabó amistad con algunos de sus líderes, como Jaime Guzmán. Los compañeros de la Escuela de Economía recuerdan a Miguel, en su actuación política, como un hombre de argumentos muy directos, incluso demasiado simplista, sin intelectualizaciones ni teorías. El mismo contaría después que le dolió el hecho de que el tranquilo y especial ambiente de la Escuela de Economía, en su apacible Campus de Los Domínicos, se viera amenazado por la toma de la Universidad Católica en 1968, por parte de un grupo de alumnos encabezados por el presidente de FEUC, Miguel Angel Solar. "No me gustó que nos impidieran estudiar, y empecé a trabajar por el Movimiento Gremial para echar a los políticos de la Universidad. Como todas las cosas que me interesaban, ésta también me pescó muy fuerte, y el gremialismo pasó a transformarse en la actividad más importante que tuve en la Universidad".

Miguel participó activamente en la toma de la Escuela de Economía por parte de los gremialistas en 1968, luego de la caída de Monseñor Silva Santiago, quien ocupaba el cargo de Rector.

Sus amigos entonces lo postularon como candidato a presidente del Centro de Alumnos de la Escuela de Economía. Resultó elegido con más del setenta por ciento de los votos, lo que reveló un importante arrastre personal, además del apoyo gremialista. Desde ese momento la política universitaria y las actividades gremiales pasaron a constituir la principal preocupación de Miguel. Transformado ya en líder, fue postulado como secretario general de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), cargo que desempeñó al ser elegida la lista que encabezaba Tomás Irarrázaval como presidente.

Egresó de la Escuela de Economía cuando Salvador Allende acababa de ser elegido presidente de la República. Era una época de cambios, pero como profesor universitario se jugó entero para que el candidato de tendencia de izquierda cristiana, no fuera elegido decano, cargo que habían ocupado antes Sergio de Castro y Rolf Lüders. Gracias a las gestiones y al trabajo de Miguel, fue nominado para ello Jorge Cauas.

Schoenstatt y Bárbara

Miguel había recibido en su hogar una sólida formación católica, caracterizada sobre todo por una fuerte devoción a la Virgen María, muy arraigada en la Bavaria alemana. Luego de salir del colegio, en el que participó en la organización de las Comunidades Cristianas, y ya en la Universidad, decidió que debía seguir formándose espiritualmente. De esa época recordaría más tarde los viajes desde la casa de avenida Suecia que, junto con su hermana Bárbara, y Joaquín Ruimalló, hacían al Mes de María en la Iglesia de El Bosque, la que se llenaba de juventud en la misa de las ocho de la noche.

Por razones familiares, Miguel conocía desde niño el Movimiento de Schoenstatt, fundado en Alemania por el sacerdote José Kentenich, y decidió ingresar a

uno de sus grupos. Paralelamente, Bárbara, que estudiaba en el Colegio Mariano, entró a la sección femenina. El asesor de la juventud del Movimiento era el sacerdote Francisco José Cox, actual Obispo de La Serena, quien llegó a ser después uno de los mejores amigos de Miguel.

El Movimiento de Schoenstatt funciona a base de grupos de personas que se reúnen y tratan de avanzar en común en su vida cristiana, bajo la orientación de un sacerdote. El grupo al que se integró Miguel estaba formado, entre otros, por Jorge Brain, quien llegó a ser jefe de la Juventud del Movimiento, Gonzalo Gaju, posteriormente fundador de Schoenstatt en Barcelona, y Ernesto Droguett. Desde los primeros años de universidad, Miguel trataba de ir los domingos a misa a Bellavista, a la sede del Movimiento, y poco a poco fue participando cada vez más en él, hasta que el 8 de diciembre de 1968 hizo una "alianza" con la Virgen, lo que constituye un compromiso especial.

En toda esta etapa de su vida, la influencia de su hermana Bárbara, quien decidió consagrarse enteramente al Movimiento mediante su "alianza" con la Virgen, resultó decisiva. Bárbara era buenamoza, llena de vida y de amigos.

Miguel nunca olvidó lo que pasó a fines de 1968, año en que Bárbara egresó del colegio y se preparaba para dar su prueba de aptitud académica. Sus recuerdos se remontan al 24 de diciembre, en vísperas de la Navidad, cuando Bárbara lo acompañó en la camioneta desde Graneros a Santiago. En el camino, al pasar frente al cementerio de Buin. Miguel propuso de repente: " Bárbara, ¿vamos al cementerio?". Avanzaron hacia el lugar donde estaba enterrada su hermana Mónica. Según diría después Miguel, esos minutos en el cementerio, rezando, fueron aquellos en los que sintió una mayor unidad con su hermana. Después de rezar ante la tumba de Mónica, se quedaron meditando unos minutos. Finalmente Bárbara rompió el silencio: " Miguel, dime si no es encachado tener una "cuña" en el cielo".

Cinco días después Bárbara ya no existía. Había muerto a consecuencia de un accidente automovilístico. La escueta noticia de "El Mercurio" del 30 de diciembre de 1968 lo describía así: "Dos personas fallecieron, entre ellas una joven de 18 años de edad, y otras ocho resultaron con lesiones graves, en una serie de accidentes del tránsito que se registraron en las últimas 24 horas, tanto en la capital como en diversos otros puntos del país. En José Domingo Cañas esquina de Pedro de Valdivia, el auto TB-765, gobernado por la estudiante Bárbara Kast Rist, de 18 años, chocó ayer, a las 7.40 horas, con el station-wagon GI-52, de Santiago, conducido por G.M. A raíz de la colisión, la estudiante resultó con lesiones que le ocasionaron la muerte cuando era atendida en la Posta 4, veinte minutos después de haber sido llevada al establecimiento".

Era domingo. El lunes 30 de diciembre, a las 11 de la mañana, se celebró una Misa en el Santuario de Schoenstatt, en medio de una numerosa asistencia. El ataúd de Bárbara fue sacado de la Capilla por su padre, su hermano Miguel y sacerdotes de la congregación. Una larga caravana de vehículos lo acompañó al cementerio de Buin.

La muerte de Bárbara impactó hondamente a Miguel. Su vida espiritual se reforzó e hizo más rica, y desde entonces consideró que tenía otra "cuña" más en el cielo.

Cecilia

En febrero de 1965 Miguel comenzó a pololear con una amiga de Bárbara, un poco mayor que él, a la que conoció en Buin. El pololeo duró cinco años, hasta "que en tercer año de la Universidad decidimos terminarlo porque no cuajó".

Después, ya en plena época de Universidad, desarrolló una activa vida social, hasta que nuevamente se enamoró. Esta vez de una compañera de curso, muy buenamoza e inteligente, pero más liberal que la familia de Miguel, y con pinta de "hippie", según la describen sus compañeros de curso. Pese a su formación católica, y al sentirse muy enamorado, Miguel tomó la decisión de irse a vivir con ella, pese a la crítica de sus amigos, quienes le señalaron la inconveniencia de su decisión. Su madre, la señora Olga, le dijo con firmeza: "No te puedo obligar a que no lo hagas, pero te notifico que si lo haces, me vuelvo a Alemania con todos tus hermanos, porque no quiero que vean el mal ejemplo que tú les vas a dar". El consejo materno fue más fuerte que su decisión y Miguel terminó su pololeo.

En 1969, durante los trabajos de invierno que organizaba la federación de estudiantes de la Universidad católica (FEUC), en Punitaqui, Miguel conoció a Cecilia Sommerhoff, joven estudiante de Educación de Párvulos, de dieciocho años. Para acompañarla al regreso de Punitaqui, en lugar de venirse en su automóvil, Miguel lo hizo en el bus especial en que viajaban los universitarios. Le había pedido a un amigo que le trajera su auto de vuelta a Santiago. Así, el pololeo comenzó a gestarse rápidamente.

Como todavía quedaba una semana de vacaciones de invierno, un grupo de amigos, entre los que estaban Miguel, Ernesto Silva, Martín Costabal y Carlos Honorato, decidió subir a Farellones. Coincidió que Cecilia y su hermana subían al mismo refugio, que era de la Universidad Católica.

Miguel se le "declaró" a los pocos días, y aunque no comenzaron a pololear de inmediato, a menudo le decía; " Cecilia, tú vas a pololear conmigo"; lo que pasó muy luego.

Cecilia Somerhoff pertenecía a una familia protestante anglicana, pero se había convertido al catolicismo a los 14 años de edad. "Me hice católica sin mucha formación- contaría después -, porque tenía un anhelo muy grande de Dios, que no veía en la Iglesia Protestante. De partida, el culto era en inglés; además, no había un sacerdote que guiara, no había confesión. Eran todas ceremonias comunitarias muy lindas, pero no era lo que yo necesitaba".

Cuenta también que "Miguel era muy conversador... Sabía comunicarse, y empezamos a conversar, seguimos conversando y no paramos más de conversar. Hablábamos de él, de mí, de Dios, de política... Estábamos en el gremialismo, aunque a mí también me gustaba la sensibilidad social de los democratacristianos. El comenzó a transmitirme su experiencia de Schoenstatt. Durante el pololeo, diariamente rezábamos juntos una oración personal. En el fondo, los dos asociamos el habernos encontrado como algo muy de Dios. Partimos pensando que era Dios el que nos había juntado, y por eso tomamos rápidamente la decisión de casarnos".

Miguel y Cecilia se casaron el 28 de mayo de 1971.

3. Los años en Chicago

La vida en la Universidad de Chicago no fue fácil para Miguel. En septiembre de 1971, premunido de una beca otorgada por la Fundación Ford, viajó a Estados Unidos para seguir estudios de postgrado en el Departamento de Economía de esa

universidad. Este departamento era uno de los más conocidos y de mayor nivel académico en Estados Unidos. La Universidad Católica, a través de su Facultad de Economía, había suscrito un convenio con él. Antes habían estudiado allí, entre otros, Sergio de Castro, Ernesto Fontaine y Pablo Baraona, quienes habían regresado para seguir trabajando como profesores universitarios.

Para Miguel, el estudio constituía un verdadero desafío: había estudiado administración de empresas, pero su inquietud pública despertada en sus actividades gremiales como estudiante, lo llevaron a decidir profundizar ahora sus conocimientos en economía. Para lograr este objetivo, la Universidad de Chicago constituía una buena alternativa, no sólo por su nivel académico, sino por las facilidades que existían para conseguir la admisión, debido al convenio con la Universidad Católica.

A los estudiantes les espera allá una vida dura, con difíciles momentos de prueba para un matrimonio joven, como lo era el de Miguel y Cecilia. Los factores adversos son varios. En primer lugar, el ambiente de los estudios es muy competitivo, con un sistema que inspira temor al fracaso. Durante el primer año, las clases comienzan a las ocho y media de la mañana, y luego de un sándwich en la cafetería de la Universidad, los estudios, individuales y en grupos, siguen hasta las seis y media o siete de la tarde. A esa hora la mayoría de los estudiantes casados vuelve a comer a sus respectivas casas, las que están ubicadas en un radio de alrededor de diez cuadras contadas desde la universidad, para volver a estudiar a la biblioteca a partir de las ocho y media hasta minutos antes de la una de la madrugada.

Este intensivo programa de estudios, que se traducía en pasar en la Universidad unas quince horas diarias, sólo se modificaba parcialmente los sábados. Esos días la biblioteca de la Universidad- lugar obligado de estudio, premunido de salas para el trabajo en grupos y múltiples escritorios individuales semicerrados-, dejaba de funcionar a las diez de la noche. El domingo la jornada se extendía también hasta la una de la madrugada, aunque empezaba a las doce del día.

Este ritmo de trabajo, al que algunos se acostumbraban a duras penas, tenía su gran prueba a fin del año, cuando todos los estudiantes debían rendir el Core Exam, la más importante prueba del departamento de Economía de la Universidad de Chicago. Es un examen al que se llega con la carga psicológica de saber que siempre la mitad de los alumnos saldrá aprobado. Esta virtual certidumbre de que la probabilidad de que alguien apruebe es mayor en la medida en que los demás sepan menos, constituye el elemento que otorga mayor competitividad al sistema. La rivalidad llega a extremos tales, que los estudiantes prefieren no prestarse los cuadernos entre sí, o no explicar una materia a un compañero que faltó a una clase, a sabiendas de que el desconocimiento de las materias de parte del resto juega a su favor.

El Core Exam- que consta de dos partes de tres horas cada una, una de teoría de precios y otra de teoría monetaria- se transforma para los estudiantes de primer año, y más todavía para los extranjeros, que a veces llegan desconociendo el idioma, en una meta difícil de lograr. Una vez aprobado- se puede dar hasta tres veces -, el panorama se facilita, y el segundo año de estudios permite estar un poco más relajado que durante el primero.

El ambiente adverso

Otros de los factores adversos con que debían enfrentarse los estudiantes becados lo constituían el barrio y el duro clima de la ciudad, con muy bajas temperaturas y nieve en el invierno. En cuanto al lugar, la Universidad está ubicada en uno de los sectores más antiguos de Chicago, en el centro de un barrio de personas de color. Aunque durante los últimos años esto ha cambiado, en la época en que estudió Miguel Kast el barrio era peligroso. A los alumnos se les recomendaba ir en grupo a la Universidad, si debían hacerlo a pie y de noche.

Las que enfrentaban un mayor peligro eran las mujeres jóvenes. Después de las cuatro o cinco de la tarde, hora en que comenzaba a oscurecer en el invierno, prácticamente éstas no salían del edificio de departamentos. Era normal que las esposas de los becados salieran a hacer las compras premunidas de un silbato, el que hacían sonar en el caso de que se vieran enfrentadas a una eventual agresión. Por otra parte, la policía propia de que disponía la Universidad, patrullaba constantemente el barrio.

Las condiciones duras e inhóspitas, junto al ambiente intenso de estudio y a la tensión que esto significaba, hacían muy importante el apoyo que los becados recibían de sus esposas. Asimismo, el estar dos años solos en una ciudad desconocida, sin familiares a quien recurrir, terminaba fortaleciendo la unidad del matrimonio y creando fuertes lazos de amistad con el resto de los alumnos, especialmente entre los propios chilenos.

Miguel Kast estuvo en Chicago durante dos años y medio, conformando un grupo de estudiantes chilenos entre los que se contaban también Juan Carlos Méndez, Juan Ignacio Varas, Martín Costabal, Ernesto Silva, Eliodoro Matte, Juan Villarzú, Juan Ariztía y Francisco Frei Ruiz-Tagle. Por esas cosas del destino, en ese entonces también estaba realizando estudios de perfeccionamiento en la Universidad de Chicago, el doctor Sergio Jacobelli, quien lo atendió posteriormente en su enfermedad.

Miguel y Cecilia vivían en un departamento pequeño pero cómodo, ubicado en Hyde Park Avenue, a unas ocho cuadras de la Universidad. En medio de un ambiente de intensos estudios, el principal cambio en la vida familiar lo constituyó el nacimiento de Miguel Kast Sommerhoff, el 28 de julio de 1972,casi al año de haber llegado a Chicago. Cuenta Cecilia que Miguelito nació con un problema a la vista bastante delicado, y que Miguel acudió al rezo de las mil Avemarías para pedir a la virgen su curación, la que pronto se logró.

Según contaría años después la propia Cecilia, la vida en Chicago no fue en absoluto fácil para ella. " Se me produjo un choque enorme. Me casé de 19 años, había sido muy regalona, rodeada de personas, y me afectó llegar a un departamento en una ciudad desconocida, esperando guagua, tener inmediatamente otra y pasar con ésta dos veces en la clínica. Estuve hospitalizada para la Pascua, sintiéndome bastante mal. La recuerdo como una etapa dura, fregada. Pero al mismo tiempo me hizo madurar, pasar de ser una niña chica a una joven madre de 21 años con dos niños. Aprendí a batírmelas sola. A sentir dolor, soledad, responsabilidad de tener guagua. Durante ese tiempo pensé que sería una etapa, pero ya sabía que iba a ser difícil, pues a Miguel le costaba no ser el primero. No había sábados ni domingos, nada".

Esta preocupación por hacer bien su trabajo y, en este caso, por alcanzar el mejor resultado posible en sus estudios, constituía parte del alto nivel de auto- exigencia que se planteaba siempre Miguel, lo que lo llevaba a dedicarse por entero a la actividad que estaba realizando. No trataba de destacar por orgullo personal, sino porque tenía claro que debía aprovechar al máximo las posibilidades que se le presentaban.

Normalmente los estudiantes chilenos, especialmente los solteros, eran invitados por Miguel y Cecilia a comer, o a reunirse para conversar de Chile en los

escasos momentos en que el intenso estudio lo permitía. Se juntaban también en la casa de Arnold Harberger, director del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, y de su esposa Anita, de nacionalidad chilena. Esto último hacía que ambos tuvieran cariño y especiales preocupaciones por los estudiantes que venían de nuestro país.

En pleno 1971 y 1972, la preocupación por lo que estaba sucediendo en Chile era notoria. Miguel "devoraba" todo lo que aparecía publicado sobre nuestro país en la prensa norteamericana, al igual que los ejemplares de "El "Mercurio Internacional" o las revistas "Ercilla" y "Qué Pasa" que recibían de vez en cuando algunos de los estudiantes chilenos. Las discusiones sobre política no estaban ausentes, y en éstas destacaba la posición anticomunista de Miguel. En este sentido, su formación como católico alemán de Baviera, y la influencia de su padre, contribuyeron decisivamente.

Pese a las largas horas que debía dedicar a sus estudios, su profunda vida religiosa no decayó. Todos los días, a las cinco y media de la tarde, se juntaban con Cecilia para asistir a Misa en la Iglesia de Saint Thomas, a pocas cuadras de la Universidad. Además, en diversas ocasiones partía los domingos a Milwaukee, a dos horas de Chicago, acompañado por Cecilia y a veces por algún otro estudiante, a visitar el santuario de Schoenstatt ubicado en dicha ciudad. En Milwaukee había vivido durante catorce años, por orden del Papa, José Kentenich, fundador del Movimiento.

En cuanto a los estudios, Miguel Kast destacó como el mejor estudiante chileno y, más aún, obtuvo un premio otorgado por la Universidad al alumno con más alto promedio en su generación. La fama de alumno brillante que tuvo Miguel, la consiguió con un método de estudio original. Prácticamente se limitaba a estudiar en sus cuadernos de apuntes de clases, los que no se cansaba de pasar en limpio una y otra vez, consultando a los profesores cuando tenía alguna duda. La mayoría de los estudiantes, en cambio, estudiaba en los libros, ya que en los cursos de postgrado el profesor generalmente se limita a entregar en clases los aspectos esenciales de la materia, dejando el resto al aprendizaje a través de la lectura de artículos y papers.

Con este singular método, casi infantil, Miguel obtenía nota "A" y "A más", calificaciones otorgadas sólo en casos muy especiales, cuando se creía necesario destacar alguna respuesta brillante.

México... o Chile

A mediados de 1973, cuando se acercaba la fecha de volver a Chile, la preocupación por lo que entonces pasaba en nuestro país se acrecentó. Miguel Kast sabía que su estadía en Estados Unidos era pasajera y nunca se adaptó a las costumbres norteamericanas. Cuentan sus compañeros de Chicago que para el día de la elección parlamentaria de marzo de 1973 era tanta la necesidad de saber sobre la situación chilena, que Miguel llevó un radio a pilas a la biblioteca, y la escuchaba por si decían algo acerca de ella en cualquier noticiario.

Esa noche supieron que el resultado había sido, en relación a las expectativas, favorable a las fuerzas que apoyaban al presidente Allende. Las emisoras norteamericanas relataban que los partidarios de la Unidad Popular habían salido a las calles de Santiago a celebrar. Miguel Kast, Ernesto Silva, Martín Costabal, Juan Carlos

Méndez, escuchaban con pesadumbre. Miguel, les propuso, entonces, que se resignaran a no volver a Chile, y les dijo que lo importante en la vida es trabajar con amigos, con gente agradable y con la cual uno se sienta cómodo. "Formemos una empresa consultora, pero sigamos juntos", les propuso, iniciativa que los demás consideraron imposible, pues preferían regresar de todas maneras a Chile.

Poco después vino el pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973. En esa fecha Miguel Kast ya había decidido aceptar un ofrecimiento de trabajo en México, que le aseguraba muy buenas expectativas económicas. Sin embargo, su amigo Ernesto Silva, quien había vuelto a Chile, se encontraba ya trabajando en la oficina de Planificación Nacional, Odeplán.

Silva escribió a Miguel, contándole que lo esperaban. Sus amigos y profesores, como Sergio de Castro y Pablo Baraona empezaban en ese entonces a aplicar el nuevo programa económico, fruto de meses de estudios hechos durante el gobierno de la Unidad Popular. También habían entrado a formar parte del equipo Juan Carlos Méndez, Martín Costabal y muchos otros.

En noviembre de 1973, Miguel tomó su decisión: volvería a Chile a trabajar en Odeplán. Semanas antes ya había viajado a Santiago Cecilia, quién estaba a punto de tener su segundo hijo. Las innumerables cartas que Miguel le escribió desde Chicago, reflejan la estrecha unidad matrimonial y el especial grado de preocupación de Miguel por su familia. Son una muestra, también, de la forma en que Miguel integraba su vida de trabajo con la familia y Dios, aspectos que dejaban de pertenecer a planos distintos para constituir al final uno solo. Su correspondencia de entonces está salpicada de anécdotas de sus estudios, con los problemas del momento, señalándole a Cecilia que se encomendaría a la "Mater" (nombre que los schoenstattianos dan a la Virgen) para que ella se preocupe de buscar una solución, e interrogándola al mismo tiempo sobre muchos detalles de la vida de sus hijos en Chile, que reflejaban una paternal ternura. En una de esas cartas escribe, finalmente: "Cada vez me convenzo más de que tengo que volver a Chile. Allá está nuestra vida, y creo que es una tontera pensar en quedarse en México nada más que porque nos ofrecen mejores condiciones económicas".

4. Miguel en Odeplán.

Lo primero que Miguel tuvo que hacer en su nuevo trabajo, fue nacionalizarse chileno. Al llegar a Odeplán, debió enfrentarse al problema administrativo que significaba el hecho que, por tener nacionalidad alemana, no podía ocupar un cargo en la planta de la oficina. Esta situación, y esencialmente el que Miguel se sentía "chileno" y aspiraba a desarrollar su vida familiar y profesional en nuestro país, lo llevó a adoptar la ciudadanía chilena.

Empezó trabajando en el Departamento de Estudios, cuyo jefe era el economista Sergio Undurraga. Integraban también este departamento de Odeplán, Ernesto Silva, Juan Carlos Méndez, Arsenio Molina, María Teresa Infante y otros economistas, la mayoría de ellos muy jóvenes, formados por la misma generación de profesores en la Escuela de Economía de la Universidad Católica. Varios de ellos tenían estudios de postgrado en la Universidad De Chicago.

Para quien no conoció de cerca cómo se generaba la política económica y social en esos años, resulta difícil imaginar la influencia decisiva que logró alcanzar Odeplán, combinando la experiencia de Roberto Kelly, en su calidad de Ministro Director de la entidad, con los conocimientos técnicos y el empuje de este grupo de

economistas jóvenes. La realidad es que gran parte de las principales reformas económicas de fondo realizadas durante la actual administración, partieron siendo estudiadas y analizadas en Odeplán.

Este es el caso de la política arancelaria, la reforma tributaria, la reducción del gasto público, la reforma previsional, los cambios en la legislación laboral y la reasignación del gasto social, entre otras grandes reformas efectuadas desde 1973 en adelante. Todos estos estudios se realizaron en Odeplán y muchas veces eran los economistas de dicha oficina los que se encargaban también de implementarlos, repartiéndose en diferentes cargos de la administración pública.

En todos estos estudios le correspondió a Miguel una labor decisiva, aunque sus inquietudes personales en materias de política social lo llevaron a especializarse en ese campo. A los pocos meses fue designado como Secretario del Consejo Social de Ministros.

A comienzos del gobierno militar se formaron dos consejos de Ministros, presidido cada uno de ellos por un integrante de la Junta de Gobierno: el Comité Económico, a cargo del Almirante José Toribio Merino y el Comité Social, encabezado por el general Gustavo Leigh. En ambos casos Odeplán actuaba como Secretaría Técnica, cargo que en el Comité de Política Social recayó en Miguel Kast.

Luchar contra la pobreza

La utilización de criterios de eficiencia económica en la política social, especialmente en la asignación del gasto público, constituye un tema que apasionó a Miguel. Este consideraba que la lucha contra la extrema pobreza debía ser el objetivo esencial de la política económica. Durante 1974 dedicó gran parte de su tiempo a encabezar, en Odeplán mismo, el equipo que participó en la elaboración del denominado Mapa de la Extrema pobreza, estudio que después sirvió de base para la elaboración de las políticas sociales. Se trataba, en síntesis, de determinar cuáles eran las características y dónde se concentraban, geográficamente, los sectores más pobres de la población. Los resultados a que se llegó fueron sorprendentes.

La pobreza no fue para Miguel Kast un simple tema de estudios y análisis económicos. Por el contrario, los años difíciles que vivió su familia al llegar a Chile, lo dejaron de algún modo especialmente sensibilizado hacia este problema.

Su preocupación se manifestó también en la creación de la Corporación Industrial para el Desarrollo Metropolitano, conocido como CIDEME, entidad que Miguel formó para financiar proyectos que requirieran poco capital y que ocuparan, en cambio, mucha mano de obra.

La generación protagónica

En ese equipo de Odeplán, cuya influencia es indiscutible, Miguel Kast jugó un papel protagónico. Rápidamente quienes, por razones de trabajo, debían formar equipo con Miguel y las propias autoridades de Gobierno, comenzaron a darse cuenta de que estaban en presencia de una persona de características especiales, que empezaba a asumir un papel de líder. Destacaba su capacidad de trabajo, al que destinaba en Odeplán muchas horas al día, aún a riesgo de descuidar a su familia. Pensaba que había muchas cosas por hacer y que el tiempo era escaso.

Creía, con razón, que las cosas tenían su momento y que eran años favorables, en el sentido que las reformas y los grandes cambios que se dejaban de hacer, era probable que después nunca pudieran ser realizados. Pensaba también que muchas "peleas" por impulsar determinadas políticas, se ganaban por "cansancio", por lo que era necesario insistir una y otra vez y escribir oficio tras oficio, documento tras documento. Sus especiales dotes de persuasión lo llevaban también a destinar muchas horas al convencimiento de diferentes personas mediante largas conversaciones, a las que asignaba gran importancia. Los integrantes de la Junta de Gobierno y los Ministros de esa época, entre otras autoridades de Gobierno o de la Iglesia, recibieron muchas veces su visita para convencerlos de la necesidad de aprobar determinada ley, o de impulsar tal o cual política.

Este grado de influencia lo ejerció especialmente sobre la generación de economistas jóvenes que ingresó a Odeplán en esa época. Muchos de ellos, gracias al apoyo de Miguel y a su recomendación expresa, siguieron estudios de postgrado en Chicago, comprometiéndose a volver a trabajar en la administración pública o en las universidades – prácticamente donde Miguel decidiera destinarlos -, por un período de cuatro años, equivalente al doble del lapso en que estuvieran becados.

En este grupo de personas Miguel confiaba plenamente, y a pesar de la inexperiencia de la mayoría de ellas, recién egresados de la universidad, las valoraba por su espíritu de servicio, por su lealtad y por su adhesión a los principios orientadores de las políticas en aplicación. A su vez, exigía de ellas mucho, casi tanto como se exigía a sí mismo. Esto producía a veces serios problemas en jóvenes a los que costaba seguir el ritmo que Miguel imprimía al trabajo. No tenía horario y exigía que sus colaboradores tampoco lo tuvieron, en el sentido que si había que llegar muy temprano, se llegaba, o si había que irse muy tarde en la noche, también se hacía. Era una situación que contrastaba con la actitud de muchos de los funcionarios públicos de la época, acostumbrados, sin la necesaria mística, a trabajar exactamente de acuerdo al horario mínimo establecido. "Trabajando el doble que los demás, nuestras ideas y posiciones terminarán por imponerse", decía.

Vida familiar

Por otra parte, estas grandes exigencias a su grupo de asesores generaban a veces fuertes tensiones familiares, pues para Miguel el trabajo que se estaba realizando resultaba prioritario y justificaba cualquier sacrificio. " Los primeros años a la vuelta de Chicago, cuando Miguel trabajó en el Gobierno, fueron tensos - relata Cecilia Sommerhoff de Kast-. En cada cosa Miguel se entregaba por entero y pensaba que era lo más importante que había. Yo al principio pensaba: bueno, será más o menos importante; pero después asumió como Subdirector de Odeplán, y luego como Ministro, y más tarde como Ministro del Trabajo, y después como presidente del Banco Central, y siempre cada nueva cosa era lo más importante y todo había que subordinarlo

a eso. Cuando Miguel era Ministro de Odeplán me empecé a cansar de que lo más importante fuera el trabajo y discutíamos mucho por su falta de tiempo. El sabía que le dedicaba poco tiempo a los niños, porque también trabajaba sábados y domingos. Empezó entonces a buscar fórmulas para verlos más. Se los llevaba al campo los fines de semana, mientras trabajaba; después decidió levantarse aún más temprano para pasar a dejarlos al colegio antes de ir a la oficina y así alcanzar a conversar con ellos".

Pese a los problemas derivados de su intenso trabajo, Miguel estaba consciente de la necesidad de tener estrechamente unido su núcleo familiar y en especial de mantener una relación muy íntima con su esposa. Se preocupaba concretamente de que Cecilia fuera feliz y estaba siempre dispuesto a mejorar en su vida familiar. Siendo ya Ministro , ambos decidieron tomar un curso en el Centro Nacional de la familia (CENFA), que duró tres meses, con el fin de profundizar en su relación matrimonial e ir mejorando en una serie de detalles propios de todo matrimonio. Aunque era Ministro del Trabajo, en pleno 1981, Miguel se dio el tiempo para asistir un fin de semana completo fuera de Santiago a un Encuentro Matrimonial, en que se enseñaba a expresar en mejor forma los sentimientos en una pareja. Estaba dispuesto a hacer todo este esfuerzo, no porque su relación matrimonial estuviera poco desarrollada, sino simplemente porque también en este aspecto, consideraba necesario llevarla a su máximo nivel.

Según señala Cecilia, "cuando Miguel llegaba a la casa en las tardes, ella le contaba cosas de los niños para que se entusiasmara y con el correr del tiempo logró una mayor comunicación con ellos. Con Miguelito, el mayor, mantuvo una relación especial, ya que en Chicago había tenido que mudarlo, darle su comida y mantener un estrecho contacto con él. Además, siempre en los momentos importantes, como el nacimiento de una guagua, estaba presente acompañándome".

En la relación familiar, la formación religiosa de los hijos adquiría un carácter prioritario. No pocas veces amigos de Miguel o funcionarios de Gobierno que habían sido, por ejemplo, invitados a comer a su casa, asistían con curiosidad y no poca sorpresa a la entrada de Cecilia al living para decir, amablemente: "Miguel, los niños se van a acostar y te están esperando para rezar".

Daba lo mismo que estuviera un ministro comiendo en la casa o alguna autoridad importante; Miguel interrumpía la conversación e iba a rezar con ellos.

En verdad sólo pudo disponer realmente de tiempo para sus hijos durante su enfermedad. El sacerdote benjamín Pereira cuenta que "cuando Miguel estaba en la casa , los hijos tenían todos los derechos. A veces estaba confesándose y entraba uno de ellos y nos interrumpía, pero Miguel lo atendía y continuábamos después que se hubiera ido. Como los hijos lo veían poco, le exigían mucho. Lo querían para ellos y sufrían con las visitas que recibía durante su enfermedad, porque sentían que les estaban robando a su papá".

Tampoco estaba acostumbrado a tomar vacaciones, por no haberlo hecho nunca en sus años de niño y de joven en que se dedicaba a trabajar en las máquinas trilladoras. De algún modo las consideraba una pérdida de tiempo. Comenzó a tomarlas más que nada para poder dedicar más intensamente su tiempo a su esposa y sus hijos, pero de todas formas volvía a Santiago cargado con listas de ideas e iniciativas que realizar, pensadas en sus ratos libres.

La distribución del tiempo entre la familia y el trabajo fue siempre uno de sus grandes dilemas y esta situación alcanzaba también a sus colaboradores. Según Juan Carlos Méndez, quién trabajó con Miguel muchos años, "uno de sus defectos era que exigía a las personas más allá de sus posibilidades. Exigía mucho. Si uno no lo paraba

definitivamente, era capaz de seguirlo sobrecargando de trabajo hasta que la cuerda se cortara".

Hacer las cosas ¡ahora!.

Otras de sus características era el actuar rápido. Muy pronto se daba cuenta de las ventajas y desventajas de diferentes opiniones y alternativas de acción y no estaba dispuesto a perder tiempo dando muchas vueltas a un problema específico. Prefería que las cosas se hicieran y después, si era necesario, se perfeccionaran, pero no le gustaba demorarse dejando de hacer algo hasta tener una solución perfecta. Por esta razón a veces sus planteamientos o iniciativas no tenían la profundidad de la de un trabajo de economistas académicos, pero creía que era mejor estar dispuesto a aceptar errores o equivocarse, antes que dejar pasar meses pensando en la solución óptima para un determinado problema.

A partir de abril de 1975, cuando el Presidente Pinochet decidió impulsar el Programa de Recuperación Económica, encabezado por Jorge Cauas, el dominio de este grupo de economistas sobre la conducción de la política económica resultó aún mayor. Paralelamente, Miguel fue recibiendo mayores responsabilidades, al ser designado Subdirector de Odeplán. Esto le dio la oportunidad de conocer cada vez más al Presidente de la República , al que debía efectuarle constantemente exposiciones, en especial sobre la marcha de los programas sociales. De esta forma a nadie sorprendió que a fines de 1978, el Presidente pensara en Miguel Kast como nuevo Ministro Director de Odeplán.

Los "almuerzos" de Odeplán

En su desempeño de dos años como Ministro Director de Odeplán, la labor realizada se siguió multiplicando. A Miguel no le preocupaban sólo las tareas propias de esa repartición, sino que por el contrario, su actividad incesante lo llevó a manejar simultáneamente los más diversos asuntos. Fue la época en que el trabajo de difusión de la política económica entre la juventud, especialmente con universitarios, alcanzó su máximo desarrollo. Decenas de profesionales recién egresados fueron enviados a trabajar a provincias, mientras otros fueron becados a universidades norteamericanas. Se inició también una decisiva labor de largo plazo en la formación de economistas, mediante el envío de personas a hacerse cargo de las Escuelas de Economía en las Universidades tanto de Santiago como de las regiones. Su influencia resultó decisiva en la Universidad Católica, de Chile, de Concepción y del Norte, entre otras altas casas de estudio.

Desde su regreso de Chicago , Miguel retomó sus clases en la Escuela de Economía de la Universidad Católica , dictando el curso de Teoría de Precios. Sus alumnos le consideraban un profesor didáctico y claro, pero lo recuerdan principalmente por las invitaciones a su casa a conversar de temas económicos. Esta actitud es un reflejo de la formación recibida por Miguel en el Movimiento de Schoenstatt, donde se insiste en la necesidad de fomentar y estrechar los vínculos personales. Miguel invitaba a grupos de entre diez y doce alumnos; éstos iban a su casa después de comida, alrededor de las diez de la noche a conversar sobre temas diversos. " Al cabo de un mes, todos sus alumnos habíamos ido a su casa, al menos alguna vez", cuenta uno de ellos.

Estas reuniones le permitían ir haciéndose amigo de sus alumnos, pensando en que quizás después algunos de ellos podían ser incorporados a Odeplán. De hecho, este conocimiento "persona a persona" comenzó a dar sus frutos, y poco a poco un numeroso contingente de estudiantes recién egresados de Economía, incentivados por la mística que infundía Miguel, ingresó a trabajar en la Oficina de Planificación Nacional, sacrificando la mayoría de ellos buenas alternativas de empleo en el sector privado.

La tarea de formación de jóvenes continuó después a través de los denominados "almuerzos de Odeplán", que llegaron a hacerse famosos entre los estudiantes universitarios entre los años 1975 y 1980. Consistían en grupos de alumnos, en un principio todos de la Escuela de Economía de la Universidad Católica y de la Universidad de Chile, que asistían a una charla sobre diferentes aspectos de la política económica, en la sala de reuniones de Odeplán, mientras se comían un sandwich y tomaban una bebida.

En general, los expositores eran los propios profesionales jóvenes que trabajaban en Odeplán, a quienes Miguel ordenaba asistir y organizar estos almuerzos. De vez en cuando, por petición de Miguel, los expositores eran ministros de Estado o altas autoridades de la época. Como es lógico, por la relación humana y profesional que se iba creando en estas reuniones quincenales, muchos de los asistentes pasaron posteriormente a formar parte del equipo de Odeplán.

Hacia 1979 y 1980, el tradicional almuerzo de sandwich y bebidas mantuvo su frugalidad, pero la cobertura de asistentes se vio incrementada significativamente con alumnos de las más diversas carreras y de todas las universidades. Finalmente Odeplán no dio abasto y hubo que solicitar oficinas adicionales, en otras reparticiones públicas, donde se realizaban diversos "almuerzos" simultáneamente, de tal forma que alrededor de cuatrocientos alumnos universitarios pasaban semanalmente por esta singular experiencia.

Salir a las regiones

Durante 1979, Miguel Kast comenzó a notar la necesidad de enviar estos profesionales jóvenes, formados en la Oficina de Planificación Nacional, a trabajar en las diversas regiones del país, tanto en las propias oficinas de Odeplán, denominadas Serplac (Secretarías Regionales de Planificación y Coordinación), como en las universidades. La idea era generar en las regiones un importante efecto multiplicador, por la vía de ir formando más y más gente que diera un importante apoyo técnico a las políticas implementadas a nivel regional.

Reclutar gente para esta tarea no era fácil. Eran años de "boom", y para los economistas jóvenes el dejar Santiago significaba problemas y sacrificios y, en muchos casos, renunciar a un buen sueldo en el sector privado. Debido a las crecientes posibilidades que se abrían en ese entonces a los ingenieros comerciales, lo que ofrecía Odeplán no era más de un tercio de lo que podían obtener en otras empresas. Consciente de todo esto, Miguel comenzó a elegir personas y a hacer una labor de convencimiento con cada una.

A lo largo del año, alrededor de ciento cuarenta profesionales jóvenes de distintas áreas, se instalaron en las regiones. Pedro Arriagada viajó a Arica, Norman Bull a Temuco, Cristóbal Philippi a Punta Arenas, José Yuraszeck a Coyhaique, José Pedro Undurraga a Concepción, entre muchos otros. A su vez, varios de los alumnos de éstos en regiones, comenzaron a ingresar en Odeplán o en otras reparticiones públicas.

Miguel les ofrecía todo su apoyo y muchos de los profesionales que viajaron a regiones recurrían frecuentemente, a través del teléfono, a su consejo y ayuda.

La mayoría tomaba la decisión de irse a vivir a alguna región porque Miguel lo pedía, y....más importante, porque lo convencía. Joaquín Brahm, uno de los alumnos más destacados de su generación en la Escuela de Economía de la Universidad Católica, había firmado recién contrato con una prestigiada empresa de la época en el momento en que Miguel estaba buscando una persona para hacerse cargo del Serplac en Puerto Montt. Se acordó de Joaquín Brahm, a quién había conocido como profesor, y lo citó un día domingo a su casa. Luego de dos horas de conversación, éste aceptó irse a Puerto Montt, dejando su recién firmado contrato, siempre y cuando Miguel le solucionara el problema con sus jefes, por cuanto resultaba difícil renunciar pocos días después de haber sido contratado en ventajosas condiciones.

Al día siguiente, a primera hora, el Ministro Directos de Odeplán se presentó en las oficinas del grupo empresarial que había contratado a Joaquín y luego de una larga conversación obtuvo que éste fuera liberado de su compromiso y pudiera instalarse en Puerto Montt.

Como ya se ha dicho, Miguel era una persona de decisiones rápidas. Un día ingresó a la oficina de Norman Bull, joven funcionario de Odeplán, y le pidió que accediera a irse a Temuco a hacerse cargo de Serplac. Luego de darle diversos argumentos, le indicó que le urgía una respuesta inmediata. “Me dijo que la persona a quien yo reemplazaría estaba en ese momento en su oficina y que había venido a ofrecer una renuncia que él deseaba aceptar, presentándole de inmediato a su sucesor”. Salió de la oficina y tres minutos después citó a Norman Bull a su despacho ministerial, diciéndoles al ahora confundido jefe del Serplac: “ Aquí está su sucesor”. Contaba después Norman Bull que “en la tarde, cuando llegué a mi casa, dije que me iba a Temuco. Me preguntaron que por cuántos días y les contesté que ..... a vivir”.

5. Los negocios

La formación empresarial que Miguel Kast recibió en su hogar deriva seguramente de las condiciones económicas que su familia vivió en los primeros años en Chile y del hecho de ver todos los días a su padre y a su madre trabajar duramente, primero como agricultores y después como comerciantes.

Desde niño, Miguel comprendió el valor de las largas jornadas de trabajo. Según lo señalan sus amigos, siempre estaba mirando todo con ojos de empresario y analizando lo que veía como potencial negocio.

A su vuelta de Chicago, ya casado y consciente de su vocación de servicio público que lo llevaría a permanecer en el gobierno, según pensaba, por varios años, decidió que debía iniciar actividades que le permitieran un cierto nivel de ingreso adicional. Quería, y así lo había conversado con Cecilia, formar una familia numerosa, objetivo que resultaba difícil si sólo se contaba con los bajos sueldos de la administración pública. Además, quería formar algo para no perder su independencia y poder así sentirse libre para dejar cualquier cargo e integrarse a sus propias actividades.

Los negocios: Abejas y pinos

La primera actividad empresarial que emprendió a su vuelta fue la producción de miel de abeja, la que derivó posteriormente en la venta de colmenas a quienes estuvieran interesados en iniciarse en la apicultura. Se dedicó a la labor con entusiasmo, incorporando al resto de su familia en ella. Cecilia tomó un curso de manejo de colmenas en Inacap. Ambos se dedicaban los fines de semana a sacar la miel, envasarla en pequeños frascos y repartirla para su venta en los supermercados. El negocio, que alcanzó un interesante desarrollo, fue mantenido hasta fines de 1982, cuando Miguel decidió terminarlo debido al cuidado y a la cantidad de tiempo que requería.

Sin embargo, su principal actividad empresarial la constituyó la forestación. Poco después de llegar de Chicago, revisando en casa de su padre los avisos económicos del diario "El Mercurio", con el objeto de ver si se presentaban oportunidades de negocios, leyó que se vendía un fundo de terrenos aptos para forestación, en Chanco, localidad ubicada en la costa , cerca de Cauquenes.

Miguel partió a verlo ese mismo día y decidió comprarlo. Era el momento en que acababa de aprobarse un importante subsidio a las nuevas plantaciones forestales. Poco a poco fue adquiriendo nuevas tierras en la misma zona, forestándolas con la ayuda de la bonificación otorgada por la Corporación Nacional Forestal (Conaf). Así conoció el sector y fue creando una infraestructura mínima, con personas entrenadas, jeeps, camiones, equipos de radio y otros implementos.

Más adelante, empezó a prestar servicios a otras personas interesadas en entrar en la actividad. El trabajo de Miguel consistía en elegir el fundo, realizar todos los trámites de compra y después forestarlo, de tal forma que la persona que invertía no tuviera nada que hacer, salvo, por supuesto, entregar el dinero para comprar la propiedad. El precio de sus servicios consistía en que el inversionista le endosara el subsidio que recibía de Conaf por la plantación.

Esta actividad de forestar fundos propios y especialmente de comprar y forestar fundos para terceros, continuó creciendo constantemente. Como Miguel disponía de muy poco tiempo para atender esta empresa, debió contratar profesionales para tal efecto y se impuso la disciplina de dedicar dos horas al día, de 7 a 8 de la mañana y de 11 a 12 de la noche, al seguimiento de la empresa y, especialmente, a conversar telefónicamente con los encargados en Chanco. Además, viajaba a Chanco la mayoría de los fines de semana, las más de las veces acompañado por alguno de sus hijos. Partía en auto el viernes en la noche o el sábado en la mañana, de madrugada, a las 5 ó 6 de la mañana. Allí trabajaba unas seis horas para volver después inmediatamente, o bien se iba en tren el sábado para volver el domingo en la tarde.

Cuando la empresa alcanzó un mayor desarrollo en los últimos años, Miguel llegó a forestar unas 1.500 hectáreas al año, dando empleo a alrededor de mil trabajadores. El movimiento de dineros sobrepasaba las decenas de millones de pesos.

Un aspecto digno de destacar es que con el entusiasmo que lo caracterizaba en todas las actividades que emprendía, Miguel empezó a convencer a sus amigos de

que compraran fundos y los forestaran. Así, hoy cerca de cincuenta de sus amigos son propietarios de cientos de hectáreas de bosques en la zona de Chanco.

Hasta sus profesores en Chicago, como Arnold Harberger y Larry Sjaastad, entre otros, adquirieron fundos forestales en la zona. Según Miguel, comprar una hectárea y plantar pinos equivalía a asegurarse una jubilación, ya que se trataba de una inversión muy rentable, pero que rendiría sus frutos veinte años después, cuando los pinos, ya grandes, fueran vendidos.

Su poder de convencimiento y la seguridad en el éxito de lo que hacía, terminó por entusiasmar a muchos que, sin conocer para nada un negocio de este tipo, estuvieron dispuestos a invertir sus ahorros en estas plantaciones. Un conocido periodista, amigo de Miguel, cuenta que éste una vez, al pasar, le comentó que se dedicaba a plantar pinos, preguntándole si le interesaría hacerlo: " Si a mí me hubieran preguntado a qué actividad querría dedicarme, plantar pinos habría tenido seguramente la última prioridad, pero por esas corazonadas que uno tiene y el respeto que inspiraba Miguel, le dije que sí, y que tendríamos que verlo más adelante. Este "tendríamos que verlo".... uno lo ha dicho cien veces en su vida, pero nunca se encuentra con alguien que no sólo se acuerde después, sino que, además, le cobre la palabra y realice el negocio. Para mi sorpresa, un día Miguel me convidó a almorzar por otro tema y me dijo: "Primero yo quiero ver el asunto de los pinos". Es raro, porque el chileno deja los temas de fondo para después, pero Miguel lo hacía al revés. En no más de 10 minutos estuve embarcado en algo que no soñaba, que era plantar pinos en Chanco".

¿Por qué eligió Miguel los pinos como negocio? La respuesta es doble: primero, porque era un buen negocio, muy rentable, sobre todo al contar con bonificación estatal; y segundo porque, según sus comentarios, le gustaba trabajar en negocios de largo plazo.

Dejó plantadas cerca de 2.000 hectáreas propias, las que fue adquiriendo con endeudamiento bancario. Con sentido previsor contrató un seguro de desgravamen , de tal forma que la deuda quedó extinguida con su muerte. Se construyó también una casa muy bonita, en el fundo "Tierras de Pan Llevar", ubicada sobre un cerro, con vista al mar. La casa, que fue un regalo que hizo a su esposa Cecilia, no alcanzó a conocerla, ya que se construyó y terminó durante su enfermedad.

6. El primer gran cambio

Su primera gran impresión fue de desencanto, al ser designado Ministro del Trabajo en Diciembre de 1980, en reemplazo de José Piñera. Miguel pensaba que podía hacer más cosas desde Odeplán que en su nuevo cargo, pero acometió la tarea con su entusiasmo característico y se puso de inmediato a reclutar personas en el sector privado.

Junto a Patricio Mardones y Alfonso Serrano, los Subsecretarios de la época, reunió a un equipo de profesionales, entre los que se incorporó a Máximo Silva- quien lo sucedió como Ministro-, a Pedro Pablo Silva, Norman Bull, Juan Ariztía, Eugenio Camus y a muchos otros, varios de los cuales permanecen todavía en ese Ministerio, trabajando especialmente en la Superintendencia de Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP).

Aunque parecía que con la aprobación del Plan Laboral y de la Reforma Previsional ya estaba todo hecho en el Ministerio del Trabajo, la verdad es que faltaban muchas reformas que Miguel contribuyó a estudiar y realizar. Con respecto a la

Reforma Previsional, le correspondió ponerla en práctica, en mayo de 1981, fecha en que se dio la partida al sistema de las AFP.

Como toda reforma profunda de lo que existía anteriormente, la implementación tuvo sus dificultades. Una de las primeras fue el enfrentamiento con el conglomerado empresarial propietario de una de las AFP, sobre el tema de las comisiones que cobraban a los afiliados. Esta situación lo llevó a sostener duras conversaciones con el poderoso jefe del conglomerado, quien finalmente cedió a los argumentos de Miguel y puso fin a las prácticas que él rechazaba.

En agosto de 1981, Miguel logró otra de las metas que se había planteado: la aprobación de una ley que establecía el pago de asignación familiar a los niños en extrema pobreza, conocido hoy como SUF (Subsidio Unico Familiar). Hasta entonces los niños pobres cuyos padres no estuvieran afiliados a algún sistema previsional, no tenían derecho a la asignación familiar, situación injusta porque las personas en extrema pobreza, en su gran mayoría, estaban cesantes o eran trabajadores por cuenta propia.

Miguel solicitó y logró, además, que la ley estableciera a la madre como la persona que podía cobrar la asignación. Este mecanismo constituía una de las fórmulas de subsidio preferidas por Miguel, quien consideraba siempre mejor los mecanismos de ayuda directa, sin intermediarios, porque permitían asegurarse de que los beneficiarios fueran personas que realmente lo necesitaban. Actualmente alrededor de ochocientos mil niños en extrema pobreza cuentan con esta ayuda, que fue posible gracias a la iniciativa y la voluntad de trabajo de Miguel Kast.

Otra de sus tareas más importantes como Ministro del Trabajo y de mayores consecuencias prácticas, consistió en incorporar a la legislación laboral general a los trabajadores portuarios. Este grupo de trabajadores, por sus especiales características y su poder de presión, había sido dejado fuera al aplicarse el Plan Laboral, por lo que se privilegiaba con normas de excepción que encarecían significativamente las labores portuarias. Esto constituía un verdadero impuesto al comercio exterior, encareciendo las exportaciones, situación que representaba un grave contrasentido en un país que había elegido la apertura al exterior como uno de los pilares de su estrategia económica.

La nueva legislación entró en vigencia en septiembre de 1981. Para lograr su aprobación, Miguel debió enfrentar diversas presiones, provenientes especialmente de los sectores que se sintieron más afectados. El resultado de las reformas no se hizo esperar y hoy los costos de las operaciones portuarias son significativamente más bajos.

Un frente distinto que Miguel decidió atacar a fondo, fue el de la ineficiencia y burocracia de organismos como el Servicio de Seguro Social y la Caja de Empleados Particulares, frente a cuyas oficinas a lo largo del país se producían largas colas de jubilados que venían a cobrar sus pensiones. Estas colas se hicieron características, por lo que Miguel trató de erradicarlas, no siempre con éxito. Además de la adopción de medidas para que las pensiones se pudieran cobrar en bancos, ordenó realizar verdaderas “operaciones comando” a cargo de grupos de sus colaboradores, los que debían llegar a las seis y media de la mañana a las oficinas asignadas, en los días de pago. La labor de estos “comandos” consistía en evitar la burocracia y Miguel pasaba a media mañana para ver si se había logrado evitar la formación de colas.

En una gira a las regiones, al pasar frente a las oficinas del Seguro Social de una ciudad del sur, vio una cola interminable de ancianos que esperaban cobrar su pensión mensual. Miguel hizo detener su automóvil, se bajó, ingresó a las oficinas y pidió hablar con el jefe de ellas. Al percatarse de su ausencia, decidió despedirlo de inmediato como una forma concreta de demostrar que estaba decidido a hacer los máximos esfuerzos por terminar con el problema.

La labor de reclutamiento de nuevos jóvenes para trabajar en la administración pública y, especialmente, para enviarlos a provincias, no decayó. Consideraba que las personas debían sacrificarse por la Patria, al menos por un período de su vida, aceptando bajas remuneraciones en lo que llamaba un verdadero "servicio militar". En esto no había excepciones y el problema de "plata" no era considerado por Miguel como una buena razón para no aceptar un cargo determinado.

Pedro Pablo se va

A mediados de 1981, durante su desempeño como Ministro del Trabajo, Miguel comenzó a experimentar una transformación muy profunda. Ella se inició cuando, en julio de ese año, falleció su estrecho colaborador Pedro Pablo Silva.

Pedro Pablo era hermano de su amigo Ernesto y de Máximo, entonces Director del Servicio Nacional de Capacitación y Empleo (SENCE).

Miguel se había llevado a Pedro Pablo a trabajar con él como Director del Instituto de Normalización Previsional. Por el cargo que desempeñaba, así como por la amistad que los unía, les tocó trabajar durante largas jornadas diarias en estrecho contacto.

La repentina muerte de Pedro Pablo, quien sólo tenía 31 años y por quien Miguel sentía un gran afecto, lo impactó mucho.

Desde ese momento se produjo un cambio notorio en la personalidad de Miguel, especialmente visible para sus colaboradores más cercanos. Pese a que siempre había sido una persona de profundas concepciones cristianas, con mucha vida sacramental, la intensidad del trabajo en el Gobierno y especialmente las exigencias de tiempo que éste demandaba, lo habían hecho apartarse poco a poco de prácticas como la Misa diaria, o la asistencia a los grupos de formación schoenstattianos en Bellavista. Tomó de nuevo la decisión de asistir a Misa diariamente, lo que hacía la mayoría de las veces acompañado por sus asesores en el Ministerio. Se le veía a las once de la mañana en la Iglesia de El Sagrario, en la Plaza de Armas, junto a la Catedral, dedicando a Dios las mejores horas de su día.

Empezó a mirar la vida desde una perspectiva diferente. No era extraño ingresar a su oficina de Ministro del Trabajo y encontrarlo como "ido", encerrado leyendo libros de poesía. Llamaba a sus amigos a media mañana, o después de almuerzo, preguntando si tenían tiempo....para conversar. Así pasaba la mayor parte del día, de forma tal que sus más cercanos colaboradores comenzaron a preocuparse. Ese Miguel Kast que todos conocían, acelerado, siempre preocupado por trabajar, exigente, rápido, orgulloso y con poder, estaba "virado". Pasó a ser más retraído, observador, preocupado de "desacelerarse", de pensar y de conocerse mejor. En esos meses, hasta comienzos de 1982, cuando fue designado presidente del Banco Central, Miguel experimentó un adelanto de lo que sería su cambio más notorio cuando se le diagnóstico su enfermedad.

Los últimos meses en el Ministerio del Trabajo transcurrieron dentro de este nuevo espíritu que aparecía en Miguel. En noviembre de 1981 pidió a todos sus colaboradores más inmediatos, alrededor de diez profesionales, que rezaran juntos, diariamente, el Mes de María, lo que hacían a las once en El Sagrario. Miguel les pedía que rezaran por Chile.

En cuanto supo que sería designado en un nuevo cargo, escribió una carta personal a cada uno de sus asesores. Les decía: "Les pido perdón por los errores

cometidos. Les agradezco por las cosas que hemos hecho juntos y la ayuda que me han dado. Yo me voy, pero en adelante ofreceré mis oraciones por la salud y felicidad de cada uno de ustedes".

En la economía del país, la recesión arreciaba y los problemas eran cada vez más difíciles. En una de sus últimas intervenciones como Ministro del Trabajo, Miguel señaló: "La crisis actual, cuando miremos hacia atrás, habrá sido una bendición (aunque decir esto parezca una herejía), porque nos habrá enseñado una lección. Nos habrá legado la capacidad de reacción, de aprender a vencer las dificultades y a no descontrolarse cuando se ha tenido plena libertad económica".

7. En el Banco Central

En medio del importante cambio personal que estaba experimentando, visible hasta ahora sólo para sus amigos y colaboradores más cercanos, el 23 de abril de 1982, Miguel Kast fue nominado presidente del Banco Central. Se trataba de un momento económico muy difícil, en plena recesión, con crecientes reclamos del sector gremial y empresarial, que el Presidente Pinochet decidió enfrentar con un cambio de equipo. Sergio de Castro, Ministro de hacienda durante seis años, se alejó del gabinete, lo que causó importante impacto en la opinión pública. Fue reemplazado por Sergio de la Cuadra.

Miguel, Ministro del Trabajo, se había mantenido alejado del manejo diario de la política económica, aunque en las conversaciones que sostenía sobre el tema siempre se manifestó partidario de la estrategia que seguía Sergio de Castro en Hacienda. En momentos en que arreciaba la campaña en contra de aquél, Miguel, además de la estrecha amistad que lo unía con Sergio de Castro, lo defendía por considerarlo un Ministro muy eficiente y, según decía, con un carácter y personalidad parecida a la del Presidente de la República.

En esos días, el ex Presidente Jorge Alessandri había arremetido vigorosamente contra las políticas de Sergio de Castro, aprovechando la tribuna que le daba el encabezar la Junta de Accionistas de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones; por su parte, el diario "El Mercurio", en un comentario editorial de su "Semana Política", había sugerido la posibilidad de cambiar a De Castro, criticando especialmente medidas tributarias aplicadas en esos días. De esta forma, la "salida" de Sergio de Castro era intuída por sus compañeros en el equipo económico de Gobierno. Lo que Miguel no sabía, en cambio, era que le iba a tocar a él la responsabilidad de continuar con esas políticas.

Como era de prever, su desempeño como Presidente del Banco Central no fue en absoluto fácil, ni tampoco grato. Sin duda, ésta fue la etapa más dura de su trabajo de casi diez años en el Gobierno. La rapidez con que se iban desarrollando los acontecimientos amenazó su tranquilidad, a lo que se sumó el que por primera vez desde que estaba en el gobierno- según decía- no llevó consigo al equipo de jóvenes que lo había seguido en Odeplán y en el Ministerio del Trabajo. Llegaba al Banco a las siete de la mañana y lo dejaba a las once de la noche, imprimiéndole a la entidad un violento ritmo de trabajo, que al resto de sus colaboradores le resultaba difícil seguir. Se quejaba de que allí todo era lento, burocrático, y que salvo excepciones muy contadas, no percibía la mística del equipo que lo acompañó en sus cargos anteriores.

Lo peor, sin duda, es que le correspondió un momento económico especialmente complicado, con dos problemas esenciales que le ocuparon la mayor parte de su tiempo: la política cambiaria, caracterizada por un precio del dólar fijo en 39

pesos, y el alto nivel de endeudamiento de los grupos económicos con sus propios bancos.

Por esa razón diseñó, con la ayuda de Sergio de Castro – a quien llamó a colaborar como su asesor -, los programas de desconcentración de deuda y venta de cartera. De acuerdo a éstos, los bancos debían llegar a un compromiso para reducir el nivel de los llamados "préstamos relacionados", es decir, los efectuados a sus propietarios, siguiendo un calendario fijado de común acuerdo con el Banco Central. Por otra parte, estableció un mecanismo mediante el cual los bancos podían vender parte de sus créditos riesgosos al instituto emisor, programa de "venta de cartera" que posteriormente adquirió una importancia decisiva.

Para hacerse cargo de los programas de desconcentración de las deudas de los grupos económicos, Miguel trajo al banco Central a Juan Carlos Méndez, al que conocía desde muchos años atrás en Odeplán. Méndez, uno de sus mejores amigos, se había desempeñado después como Director de Presupuesto, y se encontraba entonces en un alto cargo ejecutivo en el Banco Osorno.

El dólar a 39 pesos

En materias cambiarias , Miguel había sido siempre partidario de un dólar libre, básicamente por las mismas razones por las cuales creía conveniente que la mayoría de los precios en la economía fueran libres. Sin embargo, debido al problema de credibilidad asociado en ese momento al dólar fijo a 39 pesos- hasta el Presidente de la República había señalado que esta política se mantendría por muchos años- pensaba que era muy grave cualquier modificación de aquella. Así se transformó en el principal defensor del "dólar a 39".

En conversaciones con sus amigos poco después de asumir en el Banco Central, Miguel señalaba que había analizado a fondo las alternativas y que la mayoría de las personas miraba una modificación del precio del dólar solamente desde el punto de vista del efecto que esto significaría sobre las exportaciones y las importaciones; nadie, en cambio, en todas las discusiones que tenían lugar sobre el tema, había estudiado el inmenso efecto que un alza en el precio del dólar tendría sobre el nivel de deuda del sector privado, dado el alto volumen que este último había alcanzado. Pensaba que la recesión sería corta y que, por tanto, era mejor jugarse otras cartas para fomentar las exportaciones, como dar subsidios, antes que devaluar.

Amigos comunes señalaron que Sergio de la Cuadra – el Ministro de Hacienda- mantenía largas conversaciones con Miguel, en las que comenzaba a insinuarle que creía necesario pensar en devaluar, poniendo fin a tres años con dólar a 39 pesos. Ante estas insinuaciones, Miguel reaccionaba violentamente, hasta el punto de exigirle a De la Cuadra que no echara pie atrás en esta materia. Roces y discusiones similares sostuvo con altos funcionarios del Banco Central, quienes eran partidarios de devaluar.

La devaluación

Sin embargo, el 13 de junio de 1982, mientras Miguel se encontraba de viaje por Europa, específicamente en Alemania, donde sostenía reuniones con banqueros para defender la política de dólar fijo, en Chile los canales de televisión interrumpieron sus programas, y mostraron- inesperadamente para la mayoría- la imagen del Ministro de Economía, General Luis Danús; escuetamente éste anunció que el Gobierno había decidido devaluar, subiendo el precio del dólar de 39 a 46 pesos.

Un amigo que escuchó la cadena nacional, dándose cuenta de que Miguel Kast, además de no compartir la decisión ya anunciada, probablemente no tenía conocimiento de ella, llamó inmediatamente por teléfono a Cecilia Sommerhoff. "¿, Viste la televisión?", le dijo. "No". "Acaban de devaluar", le indicó. "No puede ser", repuso Cecilia. "Sí, ¿por qué no te aseguras de que Miguel esté informado de esto?"

Las operadoras de larga distancia demoraron varias horas en conseguir el llamado a Alemania. Finalmente, Cecilia pudo comunicarse con Miguel, a las dos de la mañana, hora de Chile y nueve de la mañana en Bonn, minutos antes de que este último dejara el hotel para sostener una reunión con el presidente del Banco Central de Alemania, oportunidad en que Miguel se aprontaba a defender las bondades del cambio fijo a 39 pesos. El llamado de su esposa lo salvó de la sorpresa que hubiera podido darle el propio jefe del instituto emisor alemán, que a esas horas ya podría haber sido alertado por un télex de sus corresponsales en Chile acerca del cambio de política.

Miguel Kast, muchas veces triunfante en las políticas que le había correspondido llevar a cabo, coleccionando éxitos en la mayoría de las veces, empezó aquí a conocer el fracaso en el terreno profesional. La decisión gubernamental, tomada en su ausencia, y sin siquiera consultar ni notificar a quien tenía el cargo de presidente del Banco Central, y que era, principal responsable de la política cambiaria, terminó por desconcertarlo completamente. Poco a poco, aún en Europa, empezó a gestarse su decisión de dejar el Gobierno.

Volvió a Chile un fin de semana y esa misma noche fue a visitar a sus amigos más íntimos. En largas conversaciones les dijo que quería presentar inmediatamente su renuncia a la presidencia del Banco Central. De hecho, mucha gente esperaba esa renuncia, debido a que Miguel se había transformado en esos meses en el principal defensor de la política del dólar fijo.

Los consejos de sus amistades fueron coincidentes: el Presidente había tomado la decisión de devaluar, y la eventual renuncia de Miguel, en momentos tan críticos, iba a generar algún grado de problemas adicionales, porque iba a aparecer como un rompimiento importante con Sergio de la Cuadra, el Ministro de Hacienda, acelerando una crisis que a esas alturas muchos veían como inevitable. "Lo mejor que puedes hacer es tragarte lo que ha pasado, y seguir aunque no estés de acuerdo", le fue sugerido. Sin evaluar mayormente si dicho consejo era el más adecuado, Miguel Kast decidió finalmente seguirlo.

A contar de ese momento, sin embargo, debió sufrir la suerte que le tocaba a quien había sido uno de los principales defensores públicos del cambio fijo, con la fuerte pérdida de credibilidad que eso significaba, y se le hizo cada vez más difícil su labor como presidente del Banco Central.

En adelante, los errores y equivocaciones se fueron sucediendo. La pérdida de reservas internacionales que enfrentaba el país hizo que Miguel decidiera llevar adelante una política de tipo de cambio libre, la que fue anunciada el 5 de agosto, a menos de dos meses de la devaluación anterior. Esto generó al comienzo una nueva alza del dólar, que en un ambiente económico caracterizado por la desconfianza y la pérdida de credibilidad, impulsó a la autoridad a hacer intervenir al Banco Central para hacer bajar el precio de la divisa. Esto trajo consigo nuevas pérdidas de reservas. La política de

cambio libre, diseñada por Miguel, terminó en un fracaso, lo que llevó posteriormente a probar una nueva fórmula. Se estableció una franja de precio de la divisa, la que se iniciaba con un valor de 66 pesos, lo que constituyó la tercera modificación violenta de la política cambiaria en menos de cuatro meses.

La crisis arreciaba. El problema del endeudamiento cundía, y ya era evidente que la fórmula de los programas de desconcentración y venta de carteras, ideados por Miguel para enfrentar la crisis bancaria y la de los grupos económicos, no iba a ser suficiente. En agosto de 1982, el Presidente de la República pidió la renuncia al Ministro de Hacienda, Sergio de la Cuadra, y al titular de Economía, General Luis Danús, designando como biministro a Rolf Lüders.

Alejamiento del Gobierno

Por aquellos días, Miguel realizaba frecuentes viajes a Bellavista, al santuario de Schoenstatt, especialmente a rezar el Rosario o las mil Avemarías a la Virgen antes de tomar una decisión importante. Se le veía pálido, nervioso, afectado posiblemente por la lenta incubación de una enfermedad que desconocía, y era frecuentemente abordado por sus amigos schoenstattianos, muchos de los cuales le criticaban su permanencia en el Gobierno.

Gonzalo Díaz, uno de sus mejores amigos e integrante del movimiento de Schoenstatt, le dijo un día, al ingresar a un retiro espiritual en Bellavista: "Miguel, tú tienes que dejar el Gobierno. El desprestigio tuyo es muy grande y ya no puedes hacer nada, porque esto va por mal camino". Pero Miguel le dio la respuesta que daba entonces: "No, yo no puedo retirarme; si uno se queda a lo mejor pueden evitarse más problemas".

Arrepentido, al ver a Miguel dudoso y con síntomas físicos visibles de estar enfermo, Gonzalo Díaz pensó que había sido muy duro con él, por lo que a la salida le dijo: "Miguel, te quiero decir una cosa. "¿Qué?"- me preguntó. "Que si te quedas en el Gobierno- repuse-, yo estaré siempre al lado tuyo; y si te vas, igual". Miguel se dio vuelta: "No lo he dudado nunca", me dijo".

Pero todas estas ideas que pasaban por su mente, más los problemas personales que enfrentaba, y el sentirse ya enfermo, terminaron por cristalizar en una decisión : su renuncia. Miguel Kast conocía a Rolf Lüders, el nuevo biministro, desde la época de estudiante y después como profesor en la Universidad Católica. Había discutido también bastante con él con motivo de los programas de desconcentración de créditos bancarios, pues Lüders ocupaba, hasta días antes de ser designado biministro, un importante cargo en el Grupo BHC. Desde el Banco Central, Miguel había conocido de cerca el funcionamiento de estos grupos, y estimó que su decisión no podía ser otra que la de renunciar al Gobierno.

Solicitó una entrevista con el Presidente de la República, y decidió escribirle también una carta, para entregársela personalmente, "por si en ese momento me cuesta encontrar las palabras".

La reunión tuvo lugar un día después de almuerzo. A la salida, Miguel contó que ésta había sido muy cordial, que el Presidente Pinochet había estado muy cariñoso y efusivo, y que le había solicitado que lo siguiera acompañando desde otro cargo en el Gobierno, a lo que Miguel respondió que lo iba a seguir ayudando, pero desde la cátedra universitaria, y también como empresario privado. Aunque Miguel no se emocionaba

fácilmente, en esta oportunidad ambos lo estaban. La reunión terminó con un abrazo mucho más largo que lo usual.

Carta de renuncia

En la carta que le entregara en la reunión, Miguel comenzaba señalando al Presidente que "me he permitido escribirle estas líneas, porque no estoy seguro si seré capaz de expresarle todos mis sentimientos cuando hablemos personalmente: temo que olvide mencionar alguno".

Y a continuación comenzaba a exponer las razones por las que estimaba necesario renunciar a su cargo: " Deseo pedirle que acepte mi renuncia al cargo de presidente del Banco Central. Las razones son varias, pero la principal consiste en que creo que a Ud. y al país se le servirá mejor con una cara nueva en este puesto, alguien que teniendo una preparación igual o mejor que la mía, no concite el resentimiento y la desconfianza que mi persona despierta en este momento. Resentimiento, porque para desmontar la "bomba" de los bancos hubo que "pisar muchos callos" y herir muchos intereses de gente que evidentemente desea descargar su ira de alguna manera.

"Ello le resulta fácil en un medio de recesión, en que la gran mayoría del país está terriblemente angustiada por sus dificultades económicas y necesita de algún polo catalizador en quien descargar su frustración. Siempre traté de que este catalizador fuera yo, y no un militar, y ni mucho menos usted, que es el Presidente que necesitamos por muchos años en este país.

"Desconfianza, porque a pesar de haber sido un defensor del cambio flotante desde 1976, entiendo no sólo las ventajas del cambio fijo, sino que, además, entiendo a fondo su gran mérito, que es al mismo tiempo su mayor peligro: el que mientras la gente cree en él, el país crece y florece. El día que deja de creer en él, el país entra en lo que llegamos a vivir en parte y alcanzamos a evitar en otra parte: un ciclo depresivo, junto a un ciclo devaluador e inflacionario".

Más adelante, Miguel Kast hacía ver el fuerte costo personal que le había significado la defensa de la política del dólar a 39 pesos: "Me jugué como nadie por hacer creíble el cambio fijo: con el FMI, con los bancos extranjeros, con los intelectuales, con los empresarios chilenos y con el público. Nunca me ha importado quemarme, si se trataba del bien de mi país y de mi gobierno, y por eso lo hice. Cuando se devaluó, pensé y evalué si era mi obligación el renunciar o seguir en mi puesto. Llegué a la conclusión que debía seguir, por dos motivos: si me iba, podía añadir algún grado de incertidumbre e inestabilidad que hicieran detonar la "bomba" de la desconfianza en el terreno minado en que nos metimos con la devaluación. Asimismo, sentía que debía terminar de desactivar la "bomba" que estaba por explotar en el sistema financiero. No sentí en ese momento que se pudiera encontrar otra persona dispuesta a quemarse y estar al mismo tiempo suficientemente informada sobre el tema, como para desactivarla con rapidez.

"Esa rapidez exigida obligó a improvisar muchos detalles que, como era de esperar, fueron explotados con habilidad por aquellos cuyos intereses se vieron heridos, y que se sumaron al problema cambiario.

Así llegamos a un punto en el cual noto que lo que previ al decidir quedarme cuando se devaluó, se cumplió: me desgasté al punto de no ser suficientemente útil para

el futuro, pero conseguí el objetivo de dejarle a usted, a mi sucesor y al país, gran parte del camino despejado".

Miguel hacía también sugerencias acerca de su posible reemplazante: "Hay varias personas en Chile que reúnen los requisitos técnicos suficientes para desempeñar con éxito las muy complejas- mucho más de lo que yo imaginaba antes de llegar- tareas de la presidencia del Banco en el momento actual del país. Rolf Lüders conoce la capacidad de casi todos los economistas chilenos y le puede sugerir los nombres apropiados. Sin embargo, como sé que a Ud. le gusta tomar decisiones independientes, me permito mencionarle algunos nombres que he meditado largamente....".

Aquí sugiere el nombre de cuatro personas, con sus características y ventajas.

Una de ellas es "Hernán Büchi, el Subsecretario de Salud. Tiene experiencia en muchas áreas; por Endesa ha conocido grandes bancos extranjeros, ha tratado y negociado con el Banco Mundial, el BID, etc.., y es de una honestidad e independencia de los grupos económicos a toda prueba. Es quitado de bulla y respetado intelectualmente por todo el mundo. Tiene también una ventaja adicional- (en relación a los otros nombres que propone en la carta)-, el que estudió en Columbia, y no en Chicago, lo cual puede ayudar en lo político".

Agrega: " A ninguno de ellos les he dicho que mencionaré sus nombres. Ello por respeto a usted, y porque no sé si aceptarían el cargo".

Luego de dar varias razones destinadas a prevenir al Presidente acerca de la eventual acción de determinadas personas con influencia en el equipo económico, termina señalando : Querido señor Presidente, sólo me resta decirle que ha sido un privilegio trabajar para usted, y que tiene y tendrá en mí, siempre, a una de las personas que más lo admiran en Chile. Su confianza y su cariño para con mi persona, han sido el más grande estímulo y satisfacción en estos nueve años en que he tenido el privilegio de servirlo.

"Reciba un cariñoso abrazo de
Miguel Kast Rist".

Respuesta del Presidente

Poco días después, ya alejado de su cargo, Miguel recibió una carta de respuesta. En una breve misiva, el Presidente le manifiesta sus agradecimientos. "Al aceptar su renuncia como presidente del Banco Central de Chile, le expreso en nombre del Gobierno que presido y mío en particular, mi reconocimiento por sus valiosos servicios durante su permanencia en el Gobierno en altos y responsables cargos".

En seguida, la carta hacía alusión al trabajo desempeñado por Miguel en nueve años en el Gobierno. "Es así como nueve años atrás, cuando iniciábamos la gran obra que nos impusimos el 11 de septiembre de 1973, de reconstruir el país, y conducirlo al sitial de grandeza que le corresponde, Ud. respondió, sin dudarlo, al llamado que le formulaba la Patria. Desde entonces, día a día, tanto en la Oficina de Planificación Nacional, en el Ministerio del Trabajo y Previsión Social, en el Banco Central y en el desempeño de las muchas otras misiones que le encomendé, su manera de actuar sobresaliente contribuyó para alcanzar los logros obtenidos en materias de progreso económico y desarrollo social. Todo ello, sin escatimar esfuerzos ni sacrificios individuales, lo que, a su vez, evidenció sus relevantes condiciones personales y

8. Participación en el Movimiento de Schoenstatt

Quienes conocieron a Miguel durante el período en que trabajó en el Gobierno, sabían que era católico observante y que participaba en el Movimiento de Schoenstatt, pero normalmente no conversaba de temas religiosos y para sus colaboradores, aun los más cercanos, no era fácil imaginar el cambio que experimentaría después.

Aunque Miguel recordaba en forma muy especial la oportunidad en que asistió a una Misa oficiada por el padre José Kentenich, fundador de Schoenstatt, debido a sus múltiples actividades, su participación real en aquel Movimiento fue escasa durante los años que estuvo desempeñando tareas de Gobierno.

Con Cecilia, integró un tiempo un grupo de matrimonios que se juntaba regularmente a conversar sobre temas religiosos. Pero las continuas discusiones con personas que en la mayoría de los casos no participaban de sus ideas, lo comenzaron a alejar.

Según sus amigos schoenstattianos, Miguel había entregado al Movimiento su corazón, a la luz de las vivencias familiares recibidas desde niño, pero no le entregó nunca su cabeza.

En todo caso, quienes conversaron con él sobre religión, recuerdan que no perdía el tiempo hablando de los típicos temas relacionados con las opiniones políticas de determinados sacerdotes o las posturas económicas de la última carta de los Obispos. Miguel iba directamente a lo sacramental, es decir, a lo que es propio de la religión católica: los sacramentos, la Eucaristía, la confesión, la Virgen y no se perdía en eternas discusiones sobre temas contingentes.

Su catolicismo lo llevaba a respetar las opiniones discrepantes que, en materia económica y social daban a conocer en ese entonces los Obispos a través de continuas declaraciones del Episcopado. Incansablemente, Miguel inició una labor de explicación de las teorías económicas que defendía, a la luz de las enseñanzas cristianas. Varias veces fue invitado a exponer ante la Conferencia Episcopal. Contaba entre los obispos con grandes amigos, como es el caso de Monseñor Francisco José Cox, a quien conocía desde hacía varios años.

Preocupación por la Iglesia

Miguel siempre tuvo una preocupación muy grande por la Iglesia, tanto universal como nacional. Esta preocupación se hizo más visible durante su enfermedad, pero estuvo presente desde su juventud.

La designación de S.S. Juan Pablo II como Papa le produjo una gran alegría. Admiraba en el Papa su lenguaje sencillo, directo y espiritual. Le encantaba que hablara de la familia, de la Virgen María, del pecado en su sentido tradicional y de realidades como el Angel de la Guarda o la búsqueda de la santidad.

El enfoque afectivo que él percibía en Su Santidad cuadraba muy bien con su propia manera de entender y vivir el catolicismo.

Con respecto a la Iglesia chilena, Miguel comprendía su preocupación por lo social, por los derechos humanos y por el bien común, pero hacía lo posible para que se hablara también de la confesión, del rosario, del aborto, de los métodos anticonceptivos, etc.

Dentro de su particular manera de ver las cosa y con la información de que él disponía, creía que debía buscarse una relación más afectiva entre los católicos chilenos

y la Jerarquía de la Iglesia. A su entender los obispos debían ser ante todo pastores, padres, que supieran reír y estar por encima de los hijos que pelean para poder así reconciliarlos.

Quería ver una Iglesia muy preocupada por la educación. También una Iglesia capaz de comprender el avance de la técnica y de la ciencia económica, en tanto ésta puede se una ayuda para erradicar la miseria de los pueblos con herramientas más modernas.

Miguel pensaba también en una Iglesia chilena que junto con preocuparse de la pobreza, aprendiera a enseñar a manejar y convivir con la riqueza, para que el desarrollo del país fuese en paralelo con el crecimiento de la espiritualidad.

Siempre estuvo dispuesto a colaborar en la búsqueda de esas metas y para ello mantuvo contacto con sacerdotes y obispos. Siendo incluso Ministro Director de Odeplán, envió una carta al Papa Juan Pablo II, en la que como católico y economista chileno le expresó sus pensamientos acerca de esas materias, de la Iglesia de nuestro país y de la Iglesia Universal.

Del único miembro de la Jerarquía del cual Miguel se sentía muy distanciado era del Secretario de la Conferencia Episcopal, Monseñor Carlos Camus. Aunque Miguel no lo conocía, creía desprender de la lectura de sus declaraciones un rencor que a su juicio no se conciliaban con su condición de Pastor. Las circunstancias llevarían a Miguel, algunos años después, a cambiar de opinión con respecto a Monseñor Camus.

Los golpes de timón

Miguel era un hombre de cambios drásticos, de profundos golpes de timón , incluso en su vida personal. Como Ministro del Trabajo, intensificó su vida religiosa y se dedicó a hacer una labor de apostolado con sus asesores.

Ya designado presidente del Banco Central, mientras el país se debatía en discusiones sobre el precio del dólar, las tasas de interés, la recesión, el desempleo y muchos otros importantes temas, Miguel Kast, jefe máximo del organismo ejecutor de varias de esas políticas, había tomado otra decisión.

Un día cualquiera partió, en la mañana, al Seminario de Santiago. Su director, el sacerdote schoenstattiano Benjamín Pereira, dice que oyó afuera de su oficina frenadas bruscas y ruidos que anunciaban la llegada de la comitiva de escoltas de una autoridad. Le avisan que lo busca Miguel Kast. Pero éste, sin esperar, irrumpió en la oficina : " ¡ Vengo a hablar con usted porque quiero ser Santo. Quiero confesarme y que en adelante sea mi director espiritual!".

La impresión de Benjamín Pereira- hoy radicado en Buenos Aires- fue grande. Casi no conocía a Miguel, aunque tenía amistad con algunos de sus familiares. Había conversado con él en un par de reuniones sociales, pero nunca largo. "Y llega ahora y me dice: "Yo quiero ser Santo. Y por eso quiero tener una dirección espiritual". Fue una decisión que tomó con Cecilia- agrega -, porque ella también empezó a dirigirse conmigo y a tener reuniones periódicas.

"Lo que más me llamó la atención en esta primera conversación es que Miguel manifestó una apertura total, un ansia terrible de Dios. Al mismo tiempo, se sentía un hombre muy regalado por Dios, al que Dios le había dado mucho y le llamaba la atención que no se aburriera con él. Tenía también una relación muy especial con la Virgen y antes de las grandes decisiones y dificultades rezaba las mil Avemarías."

Desde ese momento Miguel comenzó a conversar regularmente con el sacerdote Benjamín Pereira sobre su vida espiritual. Cada tres semanas o al menos una vez al mes, sostenía largas reuniones donde los temas eran la vida espiritual, las grandes luchas de Miguel y también los problemas que le planteaba su trabajo y cómo enfrentarlo cristianamente. "Tenía una vida interior muy rica, pese a ser un hombre muy absorbido por su trabajo. Quería tener más presencia de Dios, ser más fiel a los mandamientos y no podía estar convencido de que Dios lo quería. Le costaba creerlo. Miguel aparecía como un hombre muy fuerte, con mucha iniciativa, pero la verdad es que en estas conversaciones sobre su vida espiritual se presentaba a sí mismo como un hombre débil. Un hombre que sufrió mucho por su debilidad de carácter, porque no correspondía lo suficiente a lo que su familia le pedía o a lo que los demás esperaban de él. Pero, por otro lado, aparecía como un realizador increíble".

Sus armas para seguir adelante en la lucha espiritual eran la Santa Misa, a la que ahora asistía diariamente y el Rosario. "Iba mucho a Bellavista y siempre en los momentos difíciles de su vida, cuando tenía que tomar decisiones importantes, me lo encontraba paseándose, rezando el Rosario".

9. La despedida en "La Estancia"

Cuando Miguel se alejó del Gobierno, un grupo de sus colaboradores más cercanos organizó una manifestación de despedida. Esta se realizó en el restaurante " La Estancia", en septiembre de 1982. En medio de un ambiente cargado de emotividad, se reunieron más de cuatrocientas personas, entre las que se contaban especialmente la generación de jóvenes que Miguel había contribuido a formar. También estaban presentes ex Ministros, como Sergio de Castro, y sus muchos amigos de los diferentes sectores de la actividad nacional.

No fue, sin embargo, una despedida como la que se estila en los medios diplomáticos, ni tampoco se caracterizó por la asistencia de destacadas personalidades del mundo empresarial. Por el contrario, muy pocos de los allí presentes podrían ser catalogados como personas conocidas en el ámbito de la política, la economía y los negocios. En general, se trataba de gente joven, universitarios y personas con cargos de nivel medio en la administración pública, que habían pertenecido al grupo que Miguel contribuyó a formar a través de charlas, invitaciones a su casa, almuerzos en Odeplán y otras múltiples actividades.

Las palabras de Pablo Baraona

Pablo Baraona, amigo y colega de Miguel, fue quien pronunció ante éste y Cecilia el discurso de despedida:

"Sentimos que debemos pagarte, querido amigo Miguel – dijo -, una deuda de gratitud por múltiples razones. Sólo algunas de ellas intentaré recordar esta noche.

"La Providencia- continuó- te dio la oportunidad de servir a tu patria de adopción en un momento crucial de su historia. El Gobierno de las Fuerzas Armadas, con el General Pinochet a la cabeza, tomó en sus manos la inmensa tarea de hacer de Chile una gran nación y pudo conocer bien de tu inteligencia, laboriosidad y conocimientos; de tu capacidad para detectar errores y diseñar e implementar reformas que hicieron más eficientes y justas nuestras instituciones y, por ende, más libres a los

hombres; de tu entusiasmo y de la fuerza para enseñar y convencer; de tu alegría para enfrentar los más grandes desafíos y los peores momentos, de tu capacidad para entusiasmar a muchos que colaboraron y continúan haciéndolo en una gigantesca obra común, de tu patriotismo viviente e inspirador, de tu sentido de misión, de tu valentía para enfrentar a los poderosos, sea en los medios sindicales, empresariales, políticos o internacionales, de tu lealtad a los jefes, llegando en ocasión reciente más allá de los límites que el deber impone.

"En la Oficina de Planificación Nacional, como subdirector, bajo la envidiable escuela de Roberto Kelly; más tarde como Ministro Director de ella; enseguida como Ministro del Trabajo y Previsión Social y como presidente del Banco Central, estuvo Miguel casi nueve años como servidor público, en el sentido más noble del término, en el que utiliza la historia para realzar el trabajo idealista de los que forjan una patria. Nunca hemos oído de Miguel que una obra sea suya, aunque sobradas razones tendría para decirlo. Siempre la atribuye a un trabajo común de sus jefes, colaboradores y subordinados".

"No querrás ser general de cualquier causa"

"Nunca querrás ser general de cualquier causa – expresó más adelante Pablo Baraona-, siempre estarás dispuesto a ocupar un lugar cualquiera que sea, sólo en la que creas verdadera. Porque tenemos el más íntimo convencimiento de que jamás en tu accionar has pensado en edificar un pedestal sobre tu labor, es que tienes una respuesta generosa de tus amigos esta noche. Es porque apreciamos tu sencillez y tu falta de aspiraciones personales, por gratitud, que estamos en esta cena de amigos, a la que no puede, persona alguna, dar otro carácter. Nadie está aquí presente por cálculo. Todos por agradecimiento.

"La libertad para todos, en su concepto moralmente más puro, ha sido la aspiración central de todas tus actuaciones. La atención preferente que dedicaste a los más pobres no persiguió, estamos ciertos, la idea de hacer de ellos hombres ricos o prósperos, sino la de hacerlos más libres, por lo tanto, más responsables, más dignos y humanos. La defensa y justificación que haces de la empresa privada, cualquiera sea su tamaño o naturaleza, arranca del mismo concepto; ella acarrea la prosperidad y hace más libres a sus propietarios, a sus trabajadores y a los consumidores. Por las mismas razones pusiste, Miguel, toda tu capacidad al servicio de la construcción de un sistema social de mercado. Pero también conoces de sus limitaciones y defectos, especialmente cuando el desarrollo desviado de la gran empresa puede atentar contra el bienestar y la libertad de los demás. La tendencia al monopolio, la indebida influencia en las decisiones públicas y el incumplimiento de la ley formal o moral, son vicios que encontraron en tu persona al más conspicuo de sus enemigos. Es esta otra lección más de servidor público y también de consecuencia intelectual.

"Se dice de Miguel y de muchos de los presentes que somos antiestatistas. La extraña verdad – explicó Baraona- es que los que más han hecho por el perfeccionamiento y dignificación del concepto de Estado son, en este caso, los detractados. Ser enemigo de un Estado débil y blandengue frente a las presiones; del Estado burocrático servido por personas que piensan escalar y jubilar pronto; de pasapapeles que no están dispuestos a correr el riesgo de una decisión; ser enemigos, en fin, de un Estado llevado por el viento de otros poderes, no es ser antiestatista. Hacer que la función del Estado, ejercida por el gobierno de turno, sea eficaz en aquello donde

es irreemplazable: en la administración de justicia, en la redistribución de oportunidades, en la defensa nacional y la policía, en la atención de los más desvalidos, en suma, ser partidario de un Estado fuerte, eficaz, justo y de dimensión adecuada, es no sólo defender efectivamente su subsistencia, sino ponerlo como base central indispensable de una convivencia ciudadana libre en un ambiente de prosperidad".

Más adelante, Pablo Baraona se refirió a otros aspectos del quehacer público de Miguel: "El diseño y estudio del mapa de la extrema pobreza, que más tarde sirviera para otorgar subsidios directos a los más necesitados, como la igualación de la asignación familiar de obreros y empleados y su extensión a los niños allegados y alojados en hogares de menores; el subsidio habitacional directo; la descentralización educacional; la reforma de la salud; la de las universidades; los programas de nutrición infantil; la apertura del mercado de trabajo y las reformas laborales; la reforma previsional y muchas otras, tuvieron en Miguel Kast un impulsor, un creador, un "convencedor".

"Cuando la actual crítica situación sea sólo un recuerdo- continuó -, toda esta arquitectura social que hemos reseñado recobrará, ante los ojos de la opinión pública, todo su valor. Entonces, la figura de nuestros gobernantes y de sus colaboradores más valiosos podrá ser vista en toda su inmensa estatura.

"Para hacer posible esa obra se requirió de varios ingredientes. Un gobernante cuyo carácter es una rara mezcla de fortaleza y generosidad; un pueblo cansado de promesas y fracasos; una generación de gente muy joven que formó un equipo de nuevo estilo cuyas características eran la claridad de conceptos y el desinterés personal: Büchi, Costabal, Donoso; Lamarca, Méndez, Molina, Silva y tantos otros, por nombrar sólo a los economistas, forman parte de ese grupo, donde hubo médicos, abogados, ingenieros, agrónomos, arquitectos y otros de similares características, cuyas motivaciones sabrá el tiempo juzgar y engrandecer. En ese grupo de hombres, Miguel, tu papel fue decisivo".

Luego, y dirigiéndose a Cecilia, Pablo Baraona dijo: "Cuando existe la obsesión de ejecutar una gran obra, el ambiente del hogar es el aliado más importante para que ella sea eficaz y el hogar es la mujer. Por eso, a ti Cecilia, sabemos que deben endosarse muchos de estos conceptos".

Finalmente, hablando hacia Miguel, expresó: " Recibe, pues, Miguel, nuestro agradecimiento".

10.Diagnóstico : cáncer

Ahora Miguel pensaba dedicarse a sus actividades privadas, básicamente a desarrollar el negocio de los pinos y a sus clases en la universidad, a la espera de integrarse como profesor a jornada parcial en la Universidad Católica. Luego de renunciar al Banco Central, instaló una oficina en el centro de Santiago, para manejar desde ahí sus negocios agrícolas, la que utilizó también- ya que la inquietud de servicio público no la había perdido- para organizar reuniones periódicas entre los que habían sido los integrantes del ahora "antiguo" equipo económico.

Alcanzó a realizarse sólo una reunión – a la que asistieron Sergio de Castro, Pablo Baraona, Alvaro Bardón, Juan Carlos Méndez y otros -, porque a fines de septiembre, Miguel partió a Roma. En su calidad de ex ministro de gobierno, había sido invitado a realizar en un seminario una exposición sobre las políticas sociales implantadas en esos años, a la luz del pensamiento cristiano.

Como integrante de la delegación chilena, de la que formaban parte también Sergio Rillón y otro grupo de profesionales, tuvo la oportunidad de asistir a una

audiencia con el Papa Juan Pablo II, a quien pudo estrechar la mano. Miguel contaría más adelante que este contacto con el Papa lo impresionó mucho, y que esa noche, al volver al hotel, decidió ofrecerle su vida a la Virgen María.

Ofrecer la vida

En su oración, pidió a la Virgen que dispusiera de su vida para los fines que Ella deseara. Al día siguiente – diría después – comenzó a sentir dolores en las piernas, especialmente en las articulaciones, los que no había sentido nunca antes. Incluso, tuvo que quedarse dos días en cama en Roma.

Al comienzo no les dio importancia, atribuyendo los dolores al cansancio y al desgaste de las agotadores jornadas de trabajo en el Banco Central. Según cuenta Cecilia, "en la última etapa del Banco Central, lo que más me impresionaba era el cansancio con que Miguel llegaba a la casa. Siempre había tenido una gran vitalidad, pero en esa época llegaba agotado. Pensábamos que todos estos años en el gobierno, lo que habían significado, lo que había entregado, le habían producido un gran desgaste. Un día que Miguel fue a Chanco – recordó -, lo fui a buscar a la estación del Metro al mediodía y me di cuenta de que estaba agotado. Lo único que quería era acostarse".

Pero al regreso, Miguel comenzó a sentirse definitivamente mal. Poco a poco empezó a mostrar un estado general de cansancio, bajas de peso, fiebres. Sentía frío en la espalda y en otras partes del cuerpo, los que iban cambiando de lugar, oscilantes, indefinidos. No lo sabía explicar. Iba a su oficina al centro en taxi, con las piernas sobre el asiento. En misa se tendía en los asientos, porque no tenía fuerzas para sentarse.

Empezó a hacerse los primeros chequeos médicos, pero no aparecía nada. En cambio, los dolores continuaban, y fue cayendo a la cama poco a poco, con mayor fiebre, levantándose cada vez menos, hasta que en noviembre cayó enfermo definitivamente.

Lo examinaron varios médicos, quienes le diagnosticaron, de acuerdo a los síntomas que presentaba, una enfermedad llamada brucelosis. Posteriormente se supo que es posible que haya tenido brucelosis, pero a causa de la baja general en las defensas de su organismo, la que a su vez era consecuencia del cáncer.

El tratamiento contra la brucelosis le afectó el estómago, y quienes lo visitaban en esa época sostienen que Miguel se veía cada vez peor. Por eso, ya a mediados de noviembre, sus amigos más cercanos comenzaron a sospechar que el cuadro era más grave de lo que se pensaba.

A fines de diciembre, todavía convencidos en gran medida de que se trataba de un problema de cansancio generalizado, Miguel, con Cecilia y los niños, decidieron ir a pasar unos días a Cachagua. Allí se levantó sólo para el Año Nuevo, volviendo a la cama al día siguiente, y levantarse luego el 7 de enero, para ir a un asado a la casa de José Yuraszeck. Seguía muy cansado, pero cuando Miguel se reunía con sus amigos, parecía como si se olvidara de sí mismo, y volvía a llenarse de energías. Quienes lo vieron conversar largamente en esa reunión social, no habrían podido imaginar el desenlace que se aproximaba.

Fue la última vez que estuvo en pie. Al día siguiente regresó a Santiago, acostado en el auto, casi como en una camilla, para seguir aceleradamente con los exámenes médicos, pensando que con una semana de fuerte tratamiento con antibióticos, la fiebre cedería. Empezó a tratarse con el doctor Sergio Jacobelli, y también fue examinado por el doctor Armas Cruz. Este último ordenó que le hicieran una biopsia donde Miguel sentía fuertes dolores.

Según cuenta Cecilia, al examen "partimos los dos solos, con una gran inocencia, y suponíamos que no era largo. Pero duró dos horas y media, ya que fue apareciendo un montón de cosas, ante las cuales Miguel comenzó a hacer preguntas, tantas que parecía una clase de cancerología. El no sospechó en ese momento que podía tener cáncer, sólo hacía las preguntas de preguntón que era. Nos fuimos a la casa y empecé por primera vez a sospechar, a dudar".

Los resultados de la biopsia estuvieron listos un día viernes, en la tercera semana de enero de 1983. El doctor Armas Cruz tenía la impresión de que algo pasaba, que algún problema serio existía, y así se lo comunicó a Miguel y Cecilia. Les señaló directamente que los resultados arrojaban síntomas que hacían prever como posible la existencia de un cáncer. Fue la primera vez que Miguel escuchó esa palabra aplicada a sí mismo. Se quedó en silencio y finalmente preguntó: "¿Cuánto tiempo me queda?" Cecilia consultó de nuevo a Sergio Jacobelli, el médico de la familia: "Sergio, ¿esto es grave? ¿ Muy grave?" La respuesta fue: "Sí".

Preparándose para morir

Ambos tomaron la terrible noticia con tranquilidad. Aunque todavía el diagnóstico no era definitivo, Miguel y Cecilia pensaron de inmediato lo peor.

Era el sábado 22 de enero de 1983. Los titulares de los diarios de esos días sólo se referían a la situación económica del país. Los principales grupos económicos acababan de ser intervenidos. Pero el que había sido presidente del Banco Central hasta sólo cuatro meses atrás, estaba absolutamente ausente de esa situación, dispuesto a enfrentar ahora su propia realidad. Ese día, el doctor Armas Cruz decidió que a partir del lunes fuera internado en el Hospital Clínico de la Universidad Católica, para continuar con los exámenes.

Desde el primer momento, Miguel pensó que le quedaba poco tiempo de vida, y empezó una desenfrenada carrera por dejar todo ordenado antes de morir. Con una tranquilidad que sorprendía aun a quienes más lo conocían, llamó por teléfono aquel sábado en la tarde a su amigo Ernesto Silva y le contó lo que pasaba. Hasta ese momento, la gravedad del diagnóstico sólo la conocían Miguel, Cecilia y los médicos.

Cuando Ernesto estuvo ante él, Miguel le solicitó que se sentara en una silla al lado de la cama y, ante su sorpresa, le entregó un lápiz y una hoja de papel, porque iba a dictarle urgentes instrucciones sobre decisiones que habría que adoptar, o materias que era necesario dejar aclaradas ante su eventual muerte.

Las instrucciones eran muy precisas, muy ordenadas. A Ernesto le pidió que chequera de inmediato si estaban al día todos los pagos del seguro de vida que había sacado hacía ya varios años, de forma que no se produjeran problemas en ese aspecto. Le solicitó que revisara la situación de la AFP en que imponía, para estar tranquilo en

cuanto a la pensión de viudez de Cecilia. Le pidió que revisara si sus préstamos tenían seguros de desgravamen.

Era un punteo preciso, como los que Miguel acostumbraba hacer durante sus años en el gobierno. La lista seguía: uno, dos, tres, cuatro..... Pidió que se encargara a un abogado el redactar urgentemente un poder total de administración de sus bienes, entre los que se incluían especialmente las hectáreas de pino en Chanco- a favor de Cecilia y Ernesto Silva, pudiendo firmar cada uno de ellos separadamente-. Entregó a este último los talonarios de cheques, señalándole los compromisos que era necesario cancelar en las próximas semanas, con las fechas precisas de cada uno. Ernesto Silva anotaba... impactado.

El lunes fue internado en el hospital y el martes, a las ocho de la mañana, se le hizo una biopsia con cirugía. Las opiniones de los médicos estaban divididas. Unos pensaban que había que llevarlo inmediatamente a Estados Unidos, sin realizar ninguna intervención quirúrgica en Chile. El dilema se le planteó también a la familia de Miguel, hasta que al final, Cecilia resolvió preguntarle a él mismo, cuando ya estaba camino a la sala de operaciones. "No, gordita, estas cosas están mitad en manos de Dios y mitad en manos de los hombres. Si ya la Providencia ha determinado que yo me opere, me voy a operar aquí, ahora. No se preocupen más." En ese momento, Miguel estaba con un gorro, y la transpiración le mojaba la cara y el pelo.

Lo operó el doctor José Miguel Irarrázaval, pero los resultados de la biopsia recién estarían el jueves. Durante la espera, Cecilia y los familiares más cercanos pasaban el día acompañando a Miguel, rezando el rosario con la esperanza de que el resultado fuera positivo.

La noticia de que el ex ministro del trabajo y ex presidente del Banco Central estaba internado en el Hospital Clínico de la Universidad Católica, enfrentando un muy probable diagnóstico de cáncer, comenzó rápidamente a conocerse. Fue una sorpresa, porque casi nadie sabía que se sentía mal desde el mes de octubre. Primero llegaron a verlo sus amigos, luego funcionarios y autoridades de gobierno y de la Iglesia. Miguel, dentro de su debilidad, trataba de conversar un momento con cada uno. Los visitantes pasaban en grupos a la pieza, por cinco minutos, y ante Miguel, paradojalmente, todos se quedaban mudos. Nadie hablaba. Era Miguel quien rompía el silencio para animar a los que venían a verlo, a los que les costaba sobreponerse a la impresión.

Los doctores Jacobelli e Irarrázaval solicitaron que participara en el equipo que atendía a Miguel el doctor Juan Arraztoa, experto cancerólogo, que por una coincidencia casi increíble había sido la persona que hizo a Miguel y Cecilia las clases de preparación para su matrimonio. El doctor Arraztoa analizó los resultados de la biopsia, y el jueves a mediodía comunicó a Cecilia su diagnóstico: los resultados de los exámenes indicaban nítidamente que Miguel tenía un cáncer generalizado, y que el cuadro era de franco pesimismo.

A Miguel se le veía triste pero resignado: " ¿ Qué te parece? Dicen que estoy tomado por el cáncer en todos lados", les señalaba a los amigos que lo iban a visitar. Entraban Juan Carlos Méndez, Sergio de Castro... Salían llorando.

Una tarde fue a visitarlo el general Fernando Matthei, quien se había hecho muy amigo de Miguel. Se le veía muy choqueado. "¿Qué estás haciendo aquí tú, Miguel?". le dijo al entrar a la pieza, hablándole en alemán. Estuvieron cuarenta y cinco minutos los dos solos, aparentemente en una conversación que tuvo un tono muy personal. A la salida, el general Matthei no pudo articular palabra, despidiéndose de los que estaban afuera por medio de gestos. No podía hablar.

Lo que sucedía es que a todas las personas que lo visitaban, Miguel les transmitía una entereza, una fe y una seguridad sobrecogedoras. Les decía que estaba preparándose para recorrer su camino, que el saber de antemano que su horizonte de vida era limitado constituía una bendición de Dios, un regalo, porque le permitía prepararse a conciencia para morir, y que no debían impresionarse tanto por su situación.

El jueves, al conocerse la gravedad del diagnóstico, los doctores, en conjunto con la familia, tomaron la decisión de llevarlo a Estados Unidos. Querían que fuera examinado en el Hospital de la Universidad de Georgetown, en Washington, en un intento para descubrir el origen, el foco del cáncer, y seguir después un tratamiento más localizado, que pudiera tener mayores probabilidades de éxito. Había que viajar el sábado en la noche.

Entre el viernes y el sábado al mediodía, Miguel recibió a más de un centenar de personas. Con la mayoría de ellas tuvo conversaciones breves pero muy emotivas, en las que trató de transmitirles un mensaje religioso, intuyendo que no le quedaba mucho tiempo de vida.

El sábado se llevó a cabo también una reunión en su pieza del hospital, que duró varias horas. Durante ellas dio todas las instrucciones para la administración de sus bienes por si no volvía a Chile. Estuvieron presentes dos de los cuñados de Miguel: Jaime Alcalde y Alfonso Maira, y su amigo Ernesto Silva. Fue la última vez que habló de negocios y de dinero. Durante los meses que siguieron, nunca más volvió a meterse en estos temas, confiando todo a sus administradores, como si hubiera querido estar completamente disponible para dedicarse a entregar ahora un mensaje distinto.

Como Miguel pensaba que era muy probable que no volviera a Chile, aprovechaba las visitas de sus amigos para, de alguna forma, despedirse. Su conversación no era simplemente la de una persona enferma, sino la de alguien que se estaba despidiendo y quería aprovechar esos últimos minutos para transmitirles lo que consideraba como lo más importante en la vida. Les hablaba de Dios, del sentido de la misa, de la necesidad de comenzar a asistir a ella todos los días. No hablaba de su enfermedad, ni del trabajo, ni de nada más.

11. “Luna de miel espiritual”

Todos los preparativos del viaje se hicieron muy rápidamente. Hubo que conseguir una ambulancia para llevarlo a Pudahuel, un asiento - camilla en el avión, un avión - ambulancia que lo esperara en Miami para llevarlo a Washington, donde, a su vez, otra ambulancia debía esperarlo en el aeropuerto para trasladarlo al Hospital de la Universidad de Georgetown. A todo lo anterior hay que agregar los pasajes, pasaportes y los trámites normales en estos viajes.

Afortunadamente, gracias a la buena voluntad de las personas que debían facilitar las gestiones, todo salió bien y ya el viernes al mediodía los trámites estaban cumplidos.

Acompañado por Cecilia y su hermano Hans, Miguel viajó a Estados Unidos ese sábado en la noche, en Lan Chile. Se sentía muy mal, se le veía pálido, casi completamente blanco y muy cansado. Transpiraba constantemente y estaba nervioso. Sin duda influía en su ánimo la carga emocional de despedirse de sus hijos, de sus padres y de sus mejores amigos, a los que quizás, pensaba, no vería nunca más.

“Cuando nos subimos al avión sentí que este viaje iba a ser como nuestra luna de miel espiritual. Después de muchos días, muy ajetreados y rodeados de mucha gente, íbamos a estar solos con Miguel”, relata Cecilia.

El viaje estuvo lleno de detalles a los que el joven matrimonio daba un sentido muy especial. La azafata que los atendió en el avión se llamaba Bárbara, como la hermana fallecida de Miguel. En cuanto llegaron al Hospital en Washington los recibió una enfermera- cuyo nombre también era Bárbara -, y al subir a su pieza y abrirse la puerta del ascensor, Miguel encontró una imagen de la Virgen muy similar a las que había conocido en el Santuario de Schoenstatt. Ello lo impresionó - como si la Virgen lo hubiera estado esperando -, ya que cuando salió de Chile no sabía que el hospital era católico.

El establecimiento contaba, además, con un servicio de sacerdotes, que le llevaban la comunión y que estaban constantemente atendiendo a los enfermos, al mismo tiempo que con un circuito cerrado de televisión que transmitía dos Misas diariamente.

Diario de un enfermo

Mientras los médicos empezaban a hacerle todo tipo de exámenes, que lo dejaban muy agotado, Miguel comenzó a escribir un diario. En él relataba sus sentimientos, lo que le había pasado en el día y especialmente sus conversaciones con las personas que lo iban a visitar. La letra es casi ininteligible y las frases son breves, entrecortadas. Sus fuerzas sólo le permitieron escribirlo durante siete días.

"29 de enero: Día de Bárbara, elegido para partir a Estados Unidos. Sólo el jueves se sabe que debo viajar. Lo logístico se organiza en la noche. Increíble, todo resultó bien hasta en los más mínimos detalles. Pienso: ¡Virgen en el cielo cómo me recibirás, como mamá, abrazándome en la puerta, o como Reina! Llego al hospital, lo primero que veo es una imagen de la Virgen con el Niño Jesús. Lo segundo, mi enfermera se llama Bárbara. A los cinco minutos llegan a preguntarme si quiero comulgar, a la hora hay Misa en la televisión. ¡Todo es increíble! Al final sólo quedan tres cosas: Fe, Esperanza y Amor. Lo más duradero, para siempre es el Amor. Veo la Misa por televisión. En la Epístola leen: "Dios te quiere y te protege desde antes del vientre de tu madre". El Padre predica y me hace llorar. Alvaro Donoso-(economista amigo de Miguel, quien le sucedió como Ministro Director de Odeplán y que se encontraba viviendo en Washington como representante de Chile en el Fondo Monetario)- me acompaña al lado de la cama. El sacerdote predica: hay que soltarse, relajarse. Dejarse querer de verdad por Dios, dejando que su plan sea el que predomine sobre el propio. El sacerdote viene a visitarme, dice que mientras decía la Misa miraba la cámara pensando quién lo estaría viendo. ¡Increíble!

"Converso largo con Cecilia. Me casaría de nuevo. La quiero mucho. Es el plan de Dios. Así como eligió a mis padres, hermanos e hijos antes de ser concebido, eligió a mi esposa. Esta semana será vital para acercarnos con Cecilia y hacernos uno. Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.

"Estoy en Estados Unidos en la etapa (¿final?) de mi camino al cielo, el que pedí en Roma a la Mater. Llega el Dr.Wooley. Creen que el cáncer partió del estómago o páncreas. Todo generalizado. Partimos los exámenes exhaustivos. Termino agobiado.

"Morir de cáncer es tal vez la mejor manera: uno se puede preparar a fondo frente a la muerte. La gente abre su alma y se puede conversar de cosas muy profundas con ella y así el Amor, que es eterno, crece a alturas insospechadas en uno, en los otros y en todos juntos para ir con Dios.

"Hablé con la mamá y el papá. Les informé de cómo me fue en el viaje. Lo que más me alegró es que el papá se ofreció para "enfermero" mío cuando vuelva a Chile, durmiendo conmigo. Creo que voy a poder calar muy hondo en el alma del ser humano que me dio gran parte de lo que soy y a quien quiero entrañablemente. Hablé con Alvaro Donoso. Fue muy profundo. Le pedí que rece para que las fuerzas no me abandonen hacia el final. Y yo sepa ocupar mi puesto de batalla con entereza, hasta el último minuto, tal como él hizo en Odeplán, trabajando intensamente hasta altas horas de la noche, a pesar de saber hacía más de dos semanas que le pedirían la renuncia.

"Luego llamé collect al gringo Gressel y Claudia-(matrimonio de economistas de la Universidad de Chicago, que habían sido llevados por Miguel a trabajar por un año a Chile y que ya estaban de vuelta en Estados Unidos)-. Les dije que quería decirles que estoy bien, que he tenido más paz que nunca y que no se preocupen. El gringo dijo: había apostado cinco dólares a Claudia que Miguel está en paz, cuando Evelyn les contó por teléfono lo del cáncer. De ahí me dijo lo mucho que había aprendido y disfrutado el año conmigo en Chile, y que ahora entendía por qué yo siempre vivía tan acelerado: Dios te había escogido y tenías que terminar rápido.

"Hablamos largo con Cecilia. Rezamos el Rosario del matrimonio. Le conté que me gustaría morirme tomado de la mano de alguno de mis seres queridos, rezando el rosario, quedarme como dormido y aparecer tomado de la mano de la Bárbara y la Mónica, una de cada lado y que ellas me lleven a presentarme a la Virgen. Luego, que la Virgen me abrace y que me lleve a presentarme a Cristo. Finalmente, conocido Jesús y copuchado amorosamente con él, me lleve a presentarme a Dios Padre, para luego entender el misterio del Espíritu Santo. Pienso en etapas, porque cuando ya me acerco a nivel de Cristo y de ahí para arriba, la cosa se me pone más abstracta y lo entiendo menos, salvo por el hecho de ver la imagen de mi papá. Como él reacciona con tanto amor, seguramente Dios Padre también debe ser igual de cariñoso.

"Hablamos de los niños: Cecilia ya ha demostrado tal equilibrio en su capacidad de formarlos, que en realidad no tengo temor alguno sobre ese tema. Me cuesta imaginar una mamá más completa que ella".

"30 de enero: Hoy dormí más o menos. Rezamos la oración de los moribundos, que siempre me ha impresionado tanto. Luego recé el rosario. Ahora llamé al "chino" Undurraga – (amigo de Miguel que había trabajado en Odeplán y se encontraba becado estudiando en Chicago)-, para contarle. Me gustaría que viniera para hablar con él. Creo que vendrá. Acabo de decirle a Cecilia que tengo frente a mí una foto tan dulce de la Bárbara y pensar que cuando me la entregó la tía Hanni no sabía bien qué hacer con ella. Daniel Gressel y Claudia vinieron. También el General Gastón Frez".

"31 de enero: Apareció Dan y Claudia. Fue muy emotivo. Les dije que les pedía dos cosas: que todos los días lean, conversen o recen a Dios. El que ellos no conozcan su religión judía los hace perder gran parte de la riqueza milenaria que hay en ellos. Lo segundo es que nunca se les ocurra pensar en divorciarse. He descubierto que Dios, al igual que los padres y los hermanos, elige al esposo y los hijos en forma absolutamente personal. El divorcio infiere un daño irreparable a esos planes y hace casi imposible que esa pareja "cante la canción para la que fue creada", y por lo tanto es muy difícil que entre al cielo. Como quiero que nos juntemos todos, es vital que recen y que cumplan su rol en el plan de Dios.

"Llegó Gastón Frez. Trató de animarme mucho. Finalmente, cuando vio que estaba tranquilo, me dijo que tenía la misma fe mía y lo entendía. Día terrible en cuanto a exámenes".

“Hay que humanizar Chicago”

1’ de febrero: Hoy, víspera de la Candelaria, con Cecilia decidimos rezar las mil Avemarías y ofrecerlas por el Presidente Pinochet: que se salve, que sea humilde y que así haga un gobierno sabio. Para completarlas sumamos las Avemarías de Cecilia y las mías.

“Invité al gringo y señora a ver la Misa por televisión. La vimos tomados de la mano. Luego seguimos hablando de Dios: le dije al gringo que no se haga millonario porque se empobrecería. Que se acerque a sus alumnos y que los forme en lo humano. Les regalé mi librito celeste con la pequeña Consagración. Antes se los traduje al inglés verbalmente. Se fueron llorando, pero creo que contentos.

“Luego llegó Arnold Harberger. Fue corto, pero profundo. Le dije que se debía “humanizar” Chicago, enseñando esa parte a los alumnos. Llorando me dijo que sí, y que trataba de recrear algo así en UCLA. Luego vino el doctor Litvak y nos acompañó. Siento bastante dolor, pero dormí bien”.

“2 de febrero: Día de la Virgen de la Candelaria. Llegó mi mamá. Hablamos tan lindo acerca de cómo es verdad lo que Dios nos enseña a través de la mamá. Recibí la comunión entre examen y examen. Pude ver sólo parte de la Misa por televisión, porque sentía bastantes dolores en la pierna. Vinieron Dominique Hachette, Marcelo y Ricardo. Con Dominique nos quedamos a solas y nos reconciliamos bastante bien. Reconoció que nunca las diferencias fueron malintencionadas. Hoy me hicieron la gastroscopía y la rectoscopía. Bien desagradable, pero pasable”.

“3 de febrero: Vino Vittorio Corbo. Estuvimos con la mamá rezando un lindo rosario. Me trajeron la comunión. Me prepararon para los rayos, pero la ecografía abdominal no resultó. Llamó Alvaro Saieh. También el gringo: Me dijo que ya habló con un Rabino y que va por buen camino tratando de ser generoso y de rezar”.

“4 de febrero: Dormí mal hasta las tres de la mañana. Luego dormí bien hasta las ocho. Dormité un rosario toda la mañana. Vinieron a buscarme para los exámenes: fueron tres horas durísimas. Scanner, radiografías y luego radioterapia. Terminé con harto dolor en la espalda, con frío. Finalmente llegué a la pieza. Reposé. Comí todo. Con Cecilia rezamos temprano el rosario y al final dormí otro poco. Vino el embajador...”

Monseñor Camus: Intercambio de cartas

En esos días, a muchos miles de kilómetros de distancia, el Obispo de Linares, Carlos Camus, recorría la provincia de Maule con motivo de las misiones que se realizan en época veraniega.

Cuando le correspondió celebrar la Santa Misa en Tejerías, caserío muy cercano a uno de los predios pertenecientes a Miguel, los propios trabajadores del fundo le contaron que estaban muy preocupados por la salud de su empleador, enfermo de cáncer en un hospital de Washington y le solicitaron que pidiera por su recuperación. Monseñor Camus aceptó gustoso y durante la celebración de la Misa pidió varias veces por la salud de Miguel.

El gesto no pasó inadvertido. Una hermana de Miguel, que se encontraba en esos días en la zona, le escribió a Estados Unidos contándole lo sucedido.

Aunque le separaban profundas diferencias ideológicas con Monseñor Camus, la actitud de éste caló hondamente en el espíritu de Miguel. Emocionado, le escribió una carta de agradecimiento, la que mandó inmediatamente por correo a Linares.

La misiva, escrita en el Hospital de Georgetown el 18 de febrero de 1983, dice lo siguiente:

"Querido Monseñor Camus:

"Mi hermana me contó que Ud. tuvo la gentileza de decir una Misa en la escuelita de Tejerías, comuna de Chanco, donde rogó por mi salud. Se lo agradezco del alma por varios motivos. El primero es que haya ido a una zona tan pobre, a la que siempre, desde 1976 en que la conocí, he soñado con dar trabajo y progreso. El segundo motivo es que sea usted el que lo hizo. Muchas veces en el pasado, tuve ganas de escribirle por puntos conflictivos o que encontraba no cuadraban con mi opinión. Al final no lo hice y me alegro de poderlo hacer por algo positivo, que me une a mi Pastor: el darle las gracias.

"Finalmente, quiero decirle que con este cáncer que tengo, he estado más tranquilo y en paz que nunca antes. A cada rato siento el fino y delicado cuidado de la Virgen y de Dios hasta en los más mínimos detalles. El saber que estoy en sus manos me alegra y me da paz.

"Es de esperar que nuestra Virgen de la Candelaria de Chanco nos ayude a superar los problemas de Chile y especialmente el más grave y permanente de ellos: la división entre hermanos, que se alimenta y retroalimenta ya por décadas, y que, en vez de disminuir, crece.

"En el calendario litúrgico vi que Ud. cumple quince años de Episcopado el 3 de marzo. Reciba un cariñoso abrazo de saludo por ello y los mejores deseos de que pueda seguir sirviendo al Señor y a su diócesis por muchos años más.

"Le saluda con cariño su hermano en Cristo,

Miguel Kast".

A los pocos días, Miguel recibió una carta de respuesta:

"Estimado amigo,

"Le agradezco mucho su carta. Revela una finura de alma enriquecida por el dolor. Me ha hecho pensar mucho y ciertamente me servirá para seguir rezando por su salud y la tranquilidad de los suyos.

"En Tejerías la gente lo quiere y lo recuerda. Fue espontánea esa oración, apenas nos enteramos de su gravedad. Ahora quedaron entusiasmados en levantar una Capilla que espero inaugurar el próximo año. Así tenemos 330 por todo el territorio, que constituyen mi mayor aliciente pastoral.

"Valoro su sinceridad para expresarme la diversidad de opiniones en puntos conflictivos. Quizás Uds., los economistas cristianos, veían amenazada la legítima autonomía de su ciencia y nosotros, los Obispos, clamábamos por las consecuencias sociales que golpeaban a nuestra puerta. Dios conoce el fondo de los corazones.

"Pido al Señor por Ud. en esta cuaresma. Estoy seguro que Su Sma. Madre, a quien Ud. tanto ama, le acompañará muy cercanamente en su enfermedad y le dará esa sabiduría superior que reserva sólo para las almas escogidas por el dolor. Su oración y sacrificio por la unidad de los chilenos no serán en vano.

“Gracias, finalmente, por su saludo para mis quince años de Obispo. No han sido fáciles, ni lo serán . Pero su oración fraternal, unida a la de tantos, me darán fortaleza. Unidos en el Señor,

“Carlos Camus Larenas, Obispo de Linares”

El cáncer sin origen

Los médicos hicieron a Miguel todo tipo de exámenes, utilizando las más modernas técnicas con que contaba el hospital. Como se trataba de un hospital universitario, había algunos estudiantes de medicina que ingresaban a la pieza de Miguel acompañando a los doctores y que salían llorando, emocionados, al ver a una persona tan joven enfrentando una enfermedad mortal.

Después de una semana de estar como interno, Miguel supo que podía continuar el tratamiento de radioterapia desde afuera, durante tres semanas.

Con Cecilia, partieron a la residencia del Embajador chileno en Washington, Enrique Valenzuela, quien los atendió muy generosamente. "“Nos puso un auto de ambulancia- cuenta Cecilia -, ya que teníamos que ir todos los días al hospital. Teníamos una regia pieza, buenas comidas, etc. Durante ese período, lo que más hacíamos era rezar. Todos juntos. Rezábamos cerca de tres rosarios al día- señala -. En la tarde leíamos ”Oh Señora Mía”, tema de meditación. Todos los días hacíamos un Vía Crucis bien largo. Por eso digo, que era como una luna de miel espiritual. Todo el día transcurría con una tranquilidad espiritual y disponible, a pesar de los exámenes, para rezar”.

Algunas de las personas que le iban a hacer compañía comenzaron a preguntarse por qué, en las peticiones que efectuaban al rezar el Rosario, nunca Cecilia pedía a Dios por la recuperación de la salud de Miguel. Miguel y Cecilia consideraban que no debían pedir eso, sino que se cumpliera la voluntad de Dios. Las discusiones eran, incluso, acaloradas, ya que algunos de sus amigos le decían: “No seas tonto, Miguel”, y él respondía: “No, si el cáncer lo tengo a los huesos y no a la cabeza. Así es que hay que rezar porque se cumpla la Voluntad de Dios. Si me voy a sanar es porque Dios quiere que me sane”. Otros opinaban que había que llamar a unos monjes brasileros, caracterizados por sus curaciones “milagrosas”. Miguel se negaba: “ Si aquí va a haber un milagro, que lo haga Dios y la Virgen”.

Una vez que Monseñor Francisco José Cox fue a celebrar la Misa junto a la cama de Miguel, alguien le preguntó: “Padre, a mí me gustaría saber cómo tenemos que pedir, porque algunos queremos pedir por la salud de Miguel y otros piden porque se cumpla la voluntad del Señor”: Según contó después Cecilia, “Monseñor Cox nos aclaró que uno debía pedir porque se mejorara Miguel, ya que, como hijos de Dios, debíamos pedir lo que considerábamos como un bien para nosotros. Pero tengo la idea de que Miguel y yo tuvimos muy claro que no se iba a sanar. No era falta de esperanza o de confianza, sino pensar en que éste era el camino que Dios había preparado para él”.

Los exámenes se sucedían pero el origen del cáncer permanecía desconocido. Los médicos consideraron que, al no descubrirse el foco original, se debía aplicar un tratamiento de quimioterapia que podía continuarse perfectamente en

Otros de los hechos ocurridos durante la enfermedad de Miguel lo constituyó la muerte de su amigo Gerardo Sasse. Este último, joven ingeniero comercial, había conocido a Miguel cuando le tocó desempeñarse como su ayudante en un curso de la Escuela de Economía de la Universidad Católica. Gerardo, después de egresado, trabajó un tiempo en la Fuerza Aérea, hasta que Miguel lo llevó a Odeplán y posteriormente a Serplac. Más adelante, Miguel lo contactó con el entonces Director de "El Mercurio", Arturo Fontaine, ya que éste necesitaba un asesor en materias económicas y administrativas.

Gerardo comenzó a trabajar en "El Mercurio" mientras, paralelamente, Miguel asumía como Ministro del Trabajo. Al margen de lo anterior, en eso años el contacto entre Miguel y Gerardo fue únicamente profesional, sin que los uniera una gran amistad.

Gerardo Sasse- que estaba recién casado- padecía de una enfermedad crónica aún no bien determinada pero aparentemente sin peligro inmediato, por lo que llevaba una vida totalmente normal.

Miguel sabía de la enfermedad de Gerardo, que resultó ser leucemia crónica y, sin decirlo a nadie, conversó con Arturo Fontaine. "Quiero que Ud. sepa que Gerardo tiene esta enfermedad y se lo recomiendo siempre que me prometa que la empresa le dará respaldo en caso de necesidad". Según cuenta su esposa, Gerardo nunca tuvo conocimiento de esta conversación.

Gerardo comenzó a trabajar en "El Mercurio", llevando una vida totalmente normal. Posteriormente, Miguel enfermó de cáncer, lo que impresionó mucho a Gerardo, cuya enfermedad comenzaba a agudizarse sin que él lo supiera. Sólo su esposa y el médico estaban enterados de lo que pasaba.

Al conocer más a fondo el diagnóstico de leucemia y la gravedad de la situación, Gerardo y su esposa iniciaron trámites para viajar a Estados Unidos, a buscar alternativas de curación, en los momentos en que precisamente Miguel venía llegando desde allá, luego de efectuar los tratamientos de su enfermedad. Apenas éste supo lo grave de la enfermedad de Gerardo, llamó inmediatamente a su esposa, a quien prácticamente no conocía y le dijo: "Acabo de saberlo y quiero hablar con Gerardo y tener contacto con él".

Apostolado telefónico.

Ella recuerda esos momentos señalando que "Gerardo era luterano, pero no era muy observante de su religión. Durante esos días yo pasaba momentos muy difíciles, ya que a Gerardo le tocaría enfrentar la realidad de que estaba con una enfermedad fatal y con una amenaza de muerte inminente. Era un drama terrible y yo me encontraba en la fase de intentar tranquilizarlo y darle un poco de fe. En ese momento, Miguel comenzó a hablar por teléfono con Gerardo, de cama a cama y le empezó a dar la visión cristiana, de fe. Es impresionante lo que significa para una persona que está muy grave el que se le diga que la muerte puede tener algo muy bonito y que el sufrimiento puede tener un significado muy fuerte. Pero impresiona mucho más dicho por alguien que también se está muriendo, como era Miguel. Gerardo, muy impactado, partió a Estados Unidos conmigo y esta frase de Miguel le quedó dando vueltas. Además, Miguel le dictó una oración del Padre Kentenich, en alemán, que Gerardo anotó y llevó con él a la clínica norteamericana.

"Después de todo ese ajetreo de antes de partir, nos encontramos los dos solos en la clínica y Gerardo comenzó a recordar todo lo que Miguel le había hablado. Me empezó a decir: Tiene que haber algún significado en todo lo que dice Miguel. Cómo pudo decirme que lo mejor que podía pasar era que la Virgen nos llamara. Cómo Miguel, que está pasando por lo mismo- razonaba- podía reírse por teléfono y decirme: "Piensa tú, gallo, qué mejor nos podría pasar, que Dios nos dé la oportunidad de recapacitar sobre nuestra vida y de usar este sufrimiento y ofrecerlo". Esto, para una persona que era luterana, era lo mismo que hablar en chino.

"Apenas llegamos al Hospital Memorial de Nueva York, pedí un sacerdote para ver la posibilidad de comulgar y conversar con él. Me mandaron uno que hablaba entre portugués y castellano, pero que se daba a entender perfectamente. Mientras yo conversaba con él sobre el sufrimiento y lo que era esta experiencia, Gerardo escuchaba sin decir nada, hasta que de a poco comenzó a hablar con el sacerdote de lo que había dicho Miguel. Y desde ahí empezamos juntos a conversar de todo lo que significaba el sufrimiento y la muerte.

"Durante ese período hubo hechos dignos de destacar. Por ejemplo, Gerardo estaba gravísimo y el Viernes Santo amaneció sintiéndose estupendo, lo que era absolutamente inexplicable, porque en plena quimioterapia no hay ser humano que se sienta bien. Gerardo pasó todo el día regio, incluso se levantó y jugó con un atari que traían a la pieza para que se entretuviera, conversó y le dijo al sacerdote, textualmente: " A mí me ha hablado Miguel Kast del sufrimiento de Jesús y yo hoy día me he convencido que Jesús murió para salvarnos. Yo quiero entregarme conscientemente y quiero que me prepare para comulgar". Fue impresionante, porque Gerardo comulgó y pocos días después recibía la extremaunción. Fue el Viernes Santo y falleció algunos días después, el 5 de mayo.

"Al pedir la extremaunción, dijo: "Yo quiero que me la den", y cuando la recibió estaba prácticamente inconsciente, pero fue pedida por él. Se convirtió.

"Aquel Viernes Santo, Gerardo llamó por teléfono a Chile, cosa que no había hecho jamás, porque nunca había podido hablar por teléfono y dijo a sus padres, también luteranos: "Yo quiero que ustedes vayan a misa hoy día, porque deben agradecer a Dios por lo que me está pasando" Sus papás pensaron que estaba "dopado". Pero yo, que estaba a su lado, entendía perfectamente lo que le estaba ocurriendo.

"Cuatro días antes de fallecer, Gerardo tuvo otro momento de conciencia y de repente habló claramente, cosa que no era capaz de hacer desde hacía tiempo, ya que sus palabras, pronunciadas bajo los efectos de drogas muy fuertes, molerol y morfina, no tenían sentido. Pero ese día, aún bajo el efecto de ambos medicamentos, dijo: "Todo este sufrimiento tiene un sentido, porque yo estoy seguro que Dios a mí me dará la posibilidad, desde el cielo, de protegerlos a todos, así como se la dará a Miguel.

"Volví a Chile para los funerales de Gerardo y después del entierro fui a ver a Miguel. "El mejor regalo que me pueden hacer es contarme que Gerardo se fue en brazos de la Virgen", me dijo".

La oración en idioma alemán que Miguel Kast dictó por teléfono a Gerardo Sasse, relata que "hay tormenta, hay viento y el niño está en el barco y no teme, porque sabe que el padre está en la proa". Gerardo Sasse rezaba esa oración todos los días mientras estuvo hospitalizado en Nueva York y su esposa cuenta que el tono de su voz iba cambiando a medida que la iba leyendo y captando su sentido. Nunca la dejó de leer, y Gerardo, que era una persona que no se sabía ni el Padre Nuestro de memoria, pasó a rezar el Rosario. Incluso, los padres de Gerardo pidieron escribir esta oración en la sepultura de su hijo.

13. Acercar a los amigos a Dios

Aunque resultaba claro que era ya un enfermo desahuciado, Miguel estaba impaciente por volver. Echaba de menos la casa, sus hijos, los amigos, y como los médicos estaban de acuerdo en que el tratamiento se podía continuar en Chile, Miguel y Cecilia decidieron regresar a fines de febrero.

El retorno tenía algo de desesperanza, ya que el viaje, en términos médicos, había resultado infructuoso. Sin embargo, existía aún la ilusión de que las aplicaciones de quimioterapia que debía hacerse cada veintiún días, surtieran efecto. En Estados Unidos le efectuaron aplicaciones en las piernas, en áreas muy precisas, mediante largas sesiones que dejaban a Miguel en muy mal estado. Al término de ellas no hablaba ni comía, y sólo quería dormir y descansar.

La vuelta a Chile, y especialmente la posibilidad de recibir visitas y conversar con sus amigos, lo animó especialmente. Tanto que llegó a pensarse en que se estuviera recuperando. En el lapso que mediaba entre una quimioterapia y otra debía mantenerse en cama, pero algunos días se levantaba un rato. Las largas sesiones de quimioterapia, oportunidad en que debía internarse en el Hospital Clínico de la Universidad Católica, se repitieron dos veces más, luego de las cuales una evaluación de los resultados mostró que el cáncer, aunque más lentamente, seguía avanzando.

Sus médicos intentaron un tratamiento distinto, que tenía como efecto una baja en los glóbulos blancos. Ello obligaba a mantenerlo aislado, sin recibir visitas, debido a que su debilidad y falta de defensas lo hacían vulnerable incluso a un simple resfrío. El primero de estos períodos de aislamiento, especialmente difíciles para Miguel, ocurrió en la Semana Santa de 1983, por lo que comentaba que seguramente Dios quería que durante esos días compartiera un poco más la Cruz con él, aprovechando el tiempo para rezar más.

El segundo tratamiento se realizó en junio. Miguel quedó casi sin defensas e inmediatamente los médicos decidieron que no podía tener contacto con nadie; sólo Cecilia fue autorizada para entrar a la pieza, utilizando una mascarilla. Luego de angustiosas cuarenta y ocho horas, Miguel recuperó sus defensas. En todo caso, al ver que tampoco se consiguieron resultados positivos, resultó evidente que el desenlace fatal era inevitable en un período breve. Era ya un enfermo desahuciado.

Miguel nunca creyó realmente que podía recuperarse, pero sabía que era necesario agotar todos los medios razonables para tratar de vivir. Cuando viajó a Estados Unidos no sabía si iba a volver, lo que lo hizo despedirse personalmente de sus amigos. A su regreso insistía siempre en que creía que viviría entre seis meses y un año, por lo que pensaba que podía morirse entre septiembre y febrero del año siguiente.

La inminencia de la muerte nunca fue rehuida como tema de conversación, ni tampoco los dolores físicos que le provocaba el cáncer. Se quejaba especialmente de dolores en las piernas, sentía también mucho frío, por lo que utilizaba siempre frazadas eléctricas. El tratamiento de quimioterapia lo dejaba dos días casi sin hablar, con vómitos y otras secuelas, como la pérdida del pelo. “Sé que me toca vivir un calvario- señalaba -, pero gracias a Dios me siento preparado espiritualmente para soportar esto y mucho más. Siento una alegría inmensa, porque es este sufrimiento el que me va a ayudar a llegar al cielo.”

El rosario de las siete y media

Las visitas se sucedían a lo largo del día, ya que sus numerosos amigos querían verlo. Miguel decidió aprovechar la oportunidad para sostener con ellos largas conversaciones, con el fin de acercarlos a Dios. Asimismo, de acuerdo con Cecilia, quiso darles a estas visitas un sentido especial, comprometiéndose a que todos los días, a las siete y media de la tarde, rezarían el rosario.

A esa hora, la casa se llenaba de gente. Numerosas personas, más de veinticinco cada día, empujaban la puerta entreabierta y subían silenciosamente las escaleras rumbo a la habitación del segundo piso. Venían para asistir al rezo del rosario, el que se transformó en el centro de la actividad diaria en torno al lecho del enfermo.

Entre marzo y los primeros días de septiembre, centenares de personas, participaron en estos rosarios. Normalmente, el rezo lo dirigía Cecilia, o a veces también el propio Miguel - cuando se sentía mejor -, y antes de empezar cada misterio, uno de los dos hacía un largo ofrecimiento de la decena siguiente. Siempre se pedía por Chile, por sus gobernantes, por la Iglesia chilena, por la reconciliación, por los enfermos(nombrando específicamente a varios de ellos), en tanto que los asistentes formulaban muchas veces sus propias peticiones.

Los visitantes constituían, las más de las veces, un universo completamente heterogéneo en cuanto a su fe y prácticas religiosas. Eran personas muy distintas entre sí. Estaban desde los familiares más cercanos de Miguel, sus hijos y sus amigos, hasta connotadas personalidades de la vida política y económica del país, autoridades de gobierno, sacerdotes, empleados de los fundos de Chanco y también, no pocas veces, personas que ni siquiera lo conocían, y que habían venido invitados por algún amigo común. Era notoria la sorpresa de algunos, especialmente de quienes no eran católicos o estaban alejados de las prácticas religiosas, que habían ido a visitar a Miguel sin conocer mayormente esta costumbre, cuando a las siete y media en punto se interrumpía la conversación y Cecilia comenzaba a repartir rosarios a quienes no lo habían traído. Escuchaban en silencio, con profundo respeto.

Quienes iban a verlo por primera vez, subían nerviosos las escaleras que conducían a la habitación de Miguel, con la preocupación de quien visita a un enfermo al que se sabe desahuciado. Sin embargo, al salir, la sensación era totalmente distinta. Lejos de enfrentarse al cuadro dramático que pensaban encontrar, en ese dormitorio los invadía una sensación de paz y de tranquilidad que los invitaba a volver. Y así, ir a las siete y media a rezar el rosario se transformó para muchos casi en un “vicio”.

Sucedía muchas veces que Miguel no conocía a algunos de los asistentes, pero terminó haciéndose amigo de muchos de ellos, a través de largas conversaciones junto a su cama de enfermo. Varios llegaron a hablar con él porque tenían diversos problemas, como alcoholismo o ruptura familiar, esperando encontrar una palabras de consuelo o un consejo. A todos, Miguel trataba de pasarles algún “ aviso”: la necesidad de ser buen padre y buen esposo, el ser más humildes, el valor que tenía el asistir a misa diariamente. Quienes no eran católicos quedaban aún más impresionados. “¿Qué podemos hacer por ti, Miguel?”, le preguntaban algunos. “Empieza a ir a misa ojalá todos los días”, era su respuesta.

Miguel ayudaba a sus amigos, pero también éstos lo ayudaban a él, que en su penosa enfermedad pasó muchas veces por momentos de tristeza y de enorme angustia. José Antonio López, en ese entonces funcionario de Pro- Chile, no conocía a Miguel, e invitado por amigos comunes llegó una tarde a participar en el rezo del rosario. Cautivado por el ambiente de paz y tranquilidad que se respiraba, comenzó a asistir asiduamente, y terminó haciéndose amigo de Miguel. Un día que lo visitó, y que no había nadie más, lo encontró triste y desanimado, por lo que le dijo que le traería una

compañía. Fue a su casa y volvió con una antigua imagen de Cristo crucificado. Otra persona, al saber esto, le hizo llegar un cassette, con una poesía española, "El Cristo Roto", que relata el caso de alguien que va a un anticuario y se encuentra con este Cristo, quiere comprarlo y empieza a regatear el precio, hasta que finalmente el "Cristo Roto" le habla. Miguel contaba después que le gustaba escuchar este cassette, y quedarse largo rato rezando, abrazado a la imagen del Cristo crucificado.

Recibió muchos regalos de este tipo. Dan Gressel – economista de la Universidad de Chicago que Miguel había traído algunos años atrás a trabajar a Odeplán – le envió una estampa, que relataba la conversación de una persona con Jesús. Este le decía: "Si tú miras hacia atrás, te darás cuenta de que en tu caminar por la playa siempre he estado detrás de ti, protegiéndote, sin que te des cuenta. Por eso al mirar ahora ves que detrás de tus huellas siempre han estado mis huellas".

Entonces la persona se quejó: "Sí, así es, salvo en los momentos difíciles de mi vida, porque ahí sólo vi mis huellas, y las tuyas no estaban tras las mías". Dios le contestó: "Estás equivocado. Las únicas huellas que tú viste eran las mías, porque en ese momento fue cuando más te ayudé al llevarte en brazos".

Las largas conversaciones

Durante su enfermedad, Miguel se propuso como meta aprovechar el poco tiempo de que dispondría para utilizarlo intensamente en acercar a sus amigos a Dios. Por eso, su actividad más importante todas las tardes era estar rodeado de gente conversando. A veces alguno de sus amigos le decía: "Tú no puedes morir, porque eres demasiado joven, exitoso, has sido ministro, presidente del Banco Central, eres demasiado importante como para que te mueras. Así es que tienes que mejorarte".

Miguel contestaba, y lo repitió muchas veces, que el hecho de tener que morir de cáncer después de varios meses de enfermedad no era un hecho fortuito, sino algo que Dios había pensado muy bien. "Precisamente me eligió a mí por ser una persona que ha tenido muchos contactos con la gente del gobierno, las autoridades, con el Presidente de la República, con los numerosos jóvenes profesionales que llevé a trabajar a la administración pública, con mis alumnos y con muchos amigos. Dios ha querido que sea yo quien muera de esta forma, para darles a todos ellos un mensaje, para que nos demos cuenta de cuán frágiles somos y cuáles son las cosas que realmente importan en la vida", señalaba.

"El hecho que yo haya tenido, porque Dios lo quiso- insistía -, alguna capacidad de liderazgo, me permite ahora influir sobre ellos conversándoles de religión, de prácticas religiosas a muchos de mis amigos católicos que quizás las tenían abandonadas, y a los que no son católicos el hecho de que yo, gracias a la fortaleza que me da Dios, pueda mantenerme tranquilo y en paz pese a la cercanía de mi muerte, es algo que también los impresiona y les ayudará a ordenar su vida".

Lo que más impresionaba, en efecto, era su serenidad para enfrentar la muerte. Estaba alegre. "¡Cómo no va a ser una gran suerte lo que me está ocurriendo. Morir de cáncer es tal vez la mejor manera. Saber con certeza que uno tiene un horizonte de vida limitado y poder preparase para la muerte, es un verdadero regalo de Dios!", decía, y agregaba: "¡Qué latoso habría sido, por ejemplo, que me hubiera muerto porque un mirista me hubiese pegado un balazo, o de cualquier otra forma. Esto es mucho más fantástico. Dios me está utilizando como un instrumento para mostrarles

a los demás el dolor y la fragilidad. En lo personal, me está dando la posibilidad de prepararme para llegar al cielo, y esto es algo que debo agradecer!".

También seguía muy de cerca la situación de los amigos que estaban enfermos graves o enfrentaban problemas. Le impactó mucho la muerte de Emilio Sanfuentes, a quien poco antes había vendido un fundo forestal. Ante lo ocurrido, y para no provocar posibles problemas económicos, decidió recomprárselo a su viuda, por la que manifestó especial preocupación. Pedía siempre que se rezara por otros enfermos de cáncer, como Gerardo Sasse, y varios otros que fueron muriendo antes que Miguel. A veces sus amigos no se atrevían a informarlo de estas muertes. Un día le preguntó a Juan Carlos Méndez por uno de ellos, y éste, conocedor de que a Miguel no se le podía engañar, le contestó: "Murió anoche". Dio un verdadero salto en su cama, y se puso muy nervioso, por lo que quienes lo visitaban debieron quedarse hasta las once de la noche acompañándole y tratando de cambiar el tema que Miguel insistía en tratar.

Dirección espiritual

Miguel no descuidó tampoco su propia formación espiritual, y durante toda su enfermedad siguió conversando regularmente con su director, el sacerdote Benjamín Pereira. Las últimas conversaciones, incluso, poco antes de la muerte, se desarrollaron con Miguel con anestesia y cámaras de oxígeno.

Según Benjamín Pereira, en las largas conversaciones, que siempre terminaban con la confesión sacramental, Miguel hablaba de su vida pasada, sus relaciones familiares, especialmente con su esposa y sus hijos, y la forma en que se estaba preparando para morir.

Su preocupación por los hijos era notoria, especialmente porque sentía que debía darles más, y que la vida se le había pasado muy rápido, sin tener mucho tiempo para compartir y conversar más con ellos. Por eso, durante la enfermedad ellos tenían todos los derechos. Según indica Benjamín Pereira, si alguno golpeaba la puerta, Miguel siempre lo hacía pasar, y a veces interrumpían la confesión para escuchar a alguno que venía a decir algo, y continuarla después. Los niños sufrían, por ejemplo, con las largas visitas de los amigos de Miguel. Por eso se estableció un verdadero horario de visitas, entre siete de la tarde y nueve de la noche, a fin de dejar el resto del tiempo para la familia.

En las conversaciones con su director espiritual, Miguel insistía siempre en lo admirable que resultaba el que Dios hubiera despertado en él la inquietud por dirigirse espiritualmente justo pocos meses antes de conocer su enfermedad. Según señala Benjamín Pereira: "No le hacía el quite a la muerte", y buscaba siempre nuevas razones para explicar su situación. Se dolía de su debilidad y falta de correspondencia a Dios. "Por eso él me quiere llevar antes, porque sabe que yo no sería capaz de ser siempre fiel, decía.

"Sólo una vez lo vi llorar antes de morir – relata su director espiritual -. ¿Por qué lloró? Por la conciencia de su propia debilidad, el creer ser indigno de Dios. Esa era siempre su gran preocupación. Pensaba que no correspondía a todo lo que el Señor esperaba de él. Pero a toda la gente que lo iba a ver le daba la sensación de optimismo. A mí me tocaba más ver la otra parte".

Aunque estaba muy consciente de que su enfermedad terminaba en la muerte, pedía también por su recuperación, y no pocas veces comentaba qué haría si viviera. "¿A qué me voy a dedicar?", se preguntaba; y respondía: "Renunciaría a todos los

cargos públicos, y me dedicaría sólo a hacer clases en la universidad, a formar gente, y a buscar fórmulas para crear fuentes de trabajo para la gente pobre".

Ocupaba su tiempo en las mañanas leyendo libros sobre Historia de Chile, el origen de la nacionalidad chilena, sobre Historia de la Iglesia, comentándolos después con su director.

El santuario-hogar

Su relación con el Movimiento Schoenstatt llevó a Miguel a trabar una gran amistad con sacerdotes que lo acompañaron frecuentemente durante su enfermedad, y que celebraban la misa en su dormitorio al menos dos o tres veces por semana. Entre ellos estaban Luis Ramírez, Christian Christiansen y Monseñor Manuel Camilo Vial, quien le celebró misa el día en que se inauguró el Año Santo.

También lo visitó Monseñor Francisco José Cox. Este se encontraba entonces en Roma y vino por pocos días a Chile cuando tuvo conocimiento de la enfermedad de Miguel. Con monseñor Cox, Miguel tenía una amistad de muchos años, iniciada en el Movimiento de Schoenstatt, y que continuó después en largas y frecuentes conversaciones. Cuando era Obispo de Chillán, Miguel le escribió extensas cartas explicando la postura de los economistas del gobierno, y haciéndole ver su actitud discrepante con las posturas de la Conferencia Episcopal en materias políticas y económicas. Eran cartas muy largas, muy fundamentadas, pero escritas con mucho cariño y respeto.

En mayo de 1983 – al cumplir Miguel y Cecilia doce años de matrimonio-, el sacerdote Benjamín Pereira celebró en el dormitorio de Miguel una misa que sus familiares y un grupo reducido de amigos asistentes recuerdan especialmente. Durante la ceremonia, la casa fue consagrada como Santuario- Hogar, práctica basada en la concepción católica de la familia.

Emocionaron especialmente a Miguel las canciones entonadas por Carmen Delia Sepúlveda, quien había sido muy amiga de Bárbara Kast, y a quien no veía desde hacía bastante tiempo. Canciones como "En el dolor y en la adversidad, día y noche siempre tú, Señor, estás conmigo, siento que tú estás aquí", u otra que señalaba: "Más cerca, oh, Dios, de ti", y el himno del Movimiento de Schoenstatt, que hace una mención especial a Bárbara Kast, terminaron por emocionar a todos, y la mayoría optó por salir del dormitorio después de recibir la Comunión, ya que les era imposible resistir la carga emotiva que se vivía en aquella pieza. Miguel, en su cama, también lloraba.

La visita del Presidente

Durante toda su enfermedad, Miguel siguió muy de cerca los acontecimientos políticos y económicos que se vivían en el país. Aun cuando no constituían su preocupación principal, se mantenía muy informado, y le interesaba especialmente saber cuál era la situación de sus amigos y anteriores compañeros de trabajo. Le importaban los acontecimientos, pero desde el prisma de las personas que más conocía, muchas de las cuales enfrentaban en ese momento, de aguda crisis económico, una difícil situación

en el gobierno o en el sector financiero. Recluido en su dormitorio, Miguel tenía mucho tiempo para pensar, y creía conocer con claridad los problemas que en ese momento enfrentaba el gobierno para el que había trabajado durante nueve años.

Según el sacerdote Benjamín Pereira, a Miguel le preocupaba la discusión acerca de las posibles discrepancias entre los valores cristianos y los de la política económica que había contribuido a establecer. Siempre tenía una respuesta para conciliar ambos aspectos. Cuando alguien se la discutía, señalaba que para él las personas de bajos ingresos, especialmente los más pobres, constituían el objetivo principal de la política económica, y que por eso, especialmente desde Odeplán, trató siempre de influir en la acción del gobierno en materia de educación, salud y generación de trabajo. "Mi objetivo es el mismo que el de los obispos- les indicaba a sus amigos sacerdotes-, lo que pasa es que mi lenguaje es totalmente distinto, y mis conocimientos de economía me llevan a saber que hay determinadas medidas que aparentemente pueden favorecer a las personas más pobres, pero que a la larga las perjudican". Es el caso, por ejemplo, de leyes como el salario mínimo, la inamovilidad, los subsidios a los precios, y muchas otras medidas sobre las cuales discutía.

Guardaba una especial consideración por el Presidente Augusto Pinochet, a quien estimaba mucho, y agradecía las deferencias que éste había tenido para con él no sólo durante sus años de trabajo en el gobierno, sino también durante su enfermedad. Aunque el sentirse en el umbral de la muerte lo hizo cambiar su perspectiva sobre muchas cosas, y también sobre algunos aspectos de la labor del gobierno, se decía un admirador del Presidente, al que conocía de cerca, con sus virtudes y defectos.

Su relación con él había ido más allá que la de un ministro, e incluso que la de un estrecho colaborador. Sus amigos cuentan que de las pocas veces que se ponía nervioso era cuando tenía que ir a conversar con el Presidente, siempre para pedirle su aprobación en materias importantes. Miguel le decía todo lo que pensaba, no se guardaba nada, en una relación muy franca que el Presidente sabía valorar. Esta confianza le permitía pedir cosas que otros no se habrían atrevido a solicitar, como el nombramiento de determinadas personas en cargos claves, entre otras materias. Según sus amigos, Miguel sentía por el Presidente Pinochet un afecto comparable al que los hijos sienten por su padre.

A fines de julio de 1983, el Presidente lo visitó en su cama de enfermo. Fue una larga y emotiva reunión, en la que estuvieron presentes también Cecilia y la señora Lucía Hiriart de Pinochet. Aunque Miguel hizo después muy pocos comentarios a sus amigos acerca de lo conversado, dos temas constituyeron el centro de la entrevista: una apreciación personal respecto a la actitud del Presidente y las relaciones con la Iglesia.

En forma especialmente delicada y cariñosa, Miguel habló al Presidente de la virtud de la humildad, y de los peligros de la soberbia y el aislamiento. Ambos podían hacerlo alejarse de las personas, lo que le impediría detectar bien sus reales problemas y necesidades. Se refirió también a que era conveniente que el Presidente estuviera más abierto a escuchar opiniones.

Miguel se preocupó, además, de hacer una especial defensa de Monseñor Manuel Camilo Vial, quien en ese momento había emitido algunos juicios muy críticos que preocuparon al gobierno. Entre los desvelos de Miguel estuvo siempre tratar de evitar que se produjeran distanciamientos entre la Iglesia y el gobierno, y que las discrepancias se discutieran en un plano de armonía y respeto mutuo. Por esa razón, siempre uno de los misterios del rosario rezado cada tarde a las siete y media, era ofrecido por la unidad de los chilenos, por las autoridades del gobierno y de la Iglesia.

14. Morir un 18 de septiembre

Entre tanto, la enfermedad seguía su curso. Ya a principios de agosto Miguel se dio cuenta claramente de que le quedaba muy poco tiempo de vida. Los dolores se habían agudizado y comenzó a tener problemas de respiración. Esta era su máxima preocupación, pues siempre decía que, aunque estaba preparado para la muerte, no quería morir asfixiado.

Conversaba con los doctores a fondo sobre su estado de salud, y nunca aceptó que no le dijeran toda la verdad, por dura que fuese. En una oportunidad, Cecilia le escondió un antecedente respecto al grado de avance de la enfermedad. Cuando más tarde Miguel se enteró de ello por los médicos, sufrió un fuerte enojo, haciéndole prometer que nunca más iban a negarle una mala noticia. Su aspecto físico se seguía deteriorando, estaba muy débil, delgado, sin fuerzas, con pérdidas del cabello.

Empezó a recibir visitas sólo para rezar el Rosario en la tarde a las siete y media, pero hablaba cada vez menos, y se limitaba a comunicarse con la mirada y a sonreír. No perdió nunca, en todo caso, el sentido del humor, y ante una visita que debió hacer Cecilia al cementerio, le manifestó que "es bueno que se vaya acostumbrando".

Decía que quería vivir por lo menos hasta octubre, mes en que su hijo Pablo, alumno del colegio Verbo Divino, hacía su Primera Comunión. Sin embargo, al observar y conocer el deterioro del estado de salud de Miguel, una monja del Espíritu Santo ofreció – el día de la primera confesión de Pablo- la posibilidad de que recibiera la Primera Comunión en la casa, en una misa oficiada por un sacerdote del colegio.

Así Pablo Kast Sommerhoff pudo hacer su Primera Comunión, el ocho de septiembre, en una emotiva ceremonia en el dormitorio de su padre enfermo. Fue una ceremonia muy conmovedora, con alrededor de veinte persona dispuestas en sillas en torno a la cama de Miguel. A su término todos lloraban, lo que llevó a Pablo, de nueve años en ese entonces, a preguntar: "¿ Por qué lloran, si la Primera Comunión es para alegrarse, y no para estar triste?".

Fue también la última vez que Miguel estuvo con sus hijos, ya que en la tarde del ocho de septiembre estos viajaron a Buin, a instalarse en la parcela de sus abuelos paternos.

La cercanía de la muerte comenzó a inquietarlo cada vez más y quería que los doctores le respondieran todas las preguntas. El tema seguía abordándose, y con toda sencillez Cecilia le preguntó: "Gordito, ¿qué te gustaría que escribiéramos en tu tumba?" Con su puño y letra, Miguel escribió su propio epitafio.

Las despedidas

Empezó a sentirse cada vez peor, y la inminencia de la muerte lo hizo comenzar a despedirse de sus amigos. A veces la despedida tuvo un carácter formal, pero en la mayoría de los casos era una despedida implícita, en el sentido que aunque el tema no se tocara directamente, porque ya casi apenas podía hablar, tanto él como quienes lo visitaban se daban cuenta de que probablemente no se verían nunca más. A algunos les hizo también un regalo especial, como una pequeña imagen de la Virgen que lo acompañaba desde muchos años atrás.

El jueves 15 de septiembre fue la última vez que realmente pudo reunirse con sus amigos. Sin que insinuara tocar el tema, como a las cinco de la tarde, Miguel pidió hablar individualmente con sus mejores amigos, y les dijo directamente que quería despedirse, aprovechando que ahora estaba plenamente consciente, pues sabía que no iba a permanecer así por muchos días más. Luego de agradecer la amistad que le habían brindado, Miguel les señaló que los cuidaría desde el cielo, y que no dudaran en acudir a él cada vez que tuvieran una dificultad, porque estaría especialmente preocupado de estar pendiente de lo que les pasaba.

Aquel día se despidió también de la generación de sus amigos más jóvenes, a quienes formó como su jefe en Odeplán. Cerca de las siete de la tarde, Cecilia les pidió que pasaran todos juntos a la pieza, porque Miguel quería verlos. Fue una conversación de pocos minutos, muy similar a la que habían tenido tantas veces. Miguel comenzó, como siempre, pidiéndole a alguien que hiciera un resumen de lo que estaba pasando en el país, en materias políticas y económicas, y luego de hacer algunos comentarios inquirió por la situación de sus amigos en el Gobierno. "¿Cómo está Felipe Lamarca?", preguntó, debido a que en ese entonces éste último enfrentaba algunos problemas desde su cargo de Director de Impuestos Internos. Luego dijo tres o cuatro frases, entrecortadas, tras las cuales todos se dieron cuenta de que se trataba del final, de la última vez.

A partir de ese momento ya no recibió visitas. El viernes su estado continuó empeorando, y el sábado ya estaba definitivamente mal, ahogándose y requiriendo oxígeno constantemente. Miguel deliraba y despertaba a ratos, pasando por momentos de lucidez.

En la tarde, al darse cuenta de la presencia de uno de sus más íntimos amigos, le pidió que se acercar a la cama e intentó conversar con él, pero sólo decía cosas inconexas. A cada rato trataba de sacarse la mascarilla de oxígeno, en una reacción instintiva, y ante la insistencia de Cecilia y la enfermera para que volviera a ponérsela, comentó en un momento de lucidez: "¿Has visto mujeres más fregadas? ¡Van a matarme de los nervios con sus mañas de la máscara!". Lo dijo riéndose, y luego volvió a sumirse en una especie de total somnolencia.

Significado de su muerte

El domingo 18, como todos los días desde la semana anterior, un sacerdote celebró misa en el dormitorio a las nueve de la mañana, pero Miguel ya estaba inconsciente, sin reconocer a nadie. Sólo su madre y Cecilia lo acompañaron rezando el rosario, hasta que falleció, alrededor de las tres de la tarde.

En un lugar no muy distante, Monseñor Juan Francisco Fresno – sólo conocía a Miguel por una exposición que éste había hecho, años atrás, ante la Conferencia Episcopal-, se encontraba esa tarde, después de la celebración del Te Deum, almorzando en el Seminario Pontificio, cuyo director era el sacerdote Benjamín Pereira, director espiritual de Miguel. Según relata éste último, mientras almorzaba se sentía nervioso, porque sabía que Miguel se estaba muriendo, situación que lo llevó a pedir a Monseñor Fresno que lo acompañara a visitarle. Así, el Arzobispo llegó a la casa a visitar a Miguel sólo minutos después que éste había muerto. Luego de saludar a Cecilia y a la señora Olga Rist, subió a rezar junto a su cama.

De vuelta al living de la casa, donde ya comenzaban a reunirse los primeros amigos que conocían la noticia, Monseñor Fresno manifestó sentirse realmente

impresionado por la paz, tranquilidad y el espíritu religioso que transmitían la esposa y la madre de Miguel. Inmediatamente, solicitó a un amigo de éste – de quién sabía que había sido un cercano colaborador del gobierno -, que transmitiera a la brevedad al Presidente de la República la noticia, así como su deseo de que, interpretando la muerte de Miguel como un signo de unidad, contribuyera a que el dirigente sindical Rodolfo Seguel – quien se encontraba detenido por requerimiento del gobierno – fuera liberado.

El 18 de septiembre de 1983 se vivían en el país momentos difíciles, con una situación de enfrentamiento que preocupaba a Monseñor Fresno, quien manifestó que creía que la muerte de Miguel Kast un 18 de septiembre tenía un profundo significado. Una persona que había dedicado toda su vida laboral al servicio público, y que moría, muy joven, el día de la Patria, representa, dijo, una señal muy clara de Dios para que los chilenos busquemos en este ejemplo la unidad.

El mensaje de Monseñor Fresno no se pudo transmitir esa tarde, porque el Presidente Pinochet no se encontraba en su residencia. Según ha trascendido, el Arzobispo tuvo poco después la oportunidad de hacerlo llegar directamente, y Rodolfo Seguel fue liberado en los días siguientes.

Esa noche vino a celebrar misa el sacerdote Fernando Karadima, quien había estado muchas veces visitando a Miguel, y comentó que durante su vida sacerdotal le había tocado asistir a numerosos enfermos moribundos, pero que, entre ellos, dos personas lo habían impactado por la alegría y la sonrisa con que enfrentaron la muerte: el Padre Alberto Hurtado y Miguel Kast.

Carta al Presidente

Al día siguiente, muy temprano, el cuerpo de Miguel fue trasladado al Santuario de Schoenstatt, en Bellavista, donde comenzaron a celebrarse diversas misas durante la mañana y la tarde.

Cecilia Sommerhoff viuda de Kast continuó mostrando una entereza a toda prueba. Luego de pasar casi todo el día en Bellavista, recibiendo los sentimientos de pesar de numerosas personas, volvió a su casa en la noche para trabajar hasta tarde. Personalmente eligió las canciones para la misa de los funerales, que tendría lugar al día siguiente, y escribió una carta al Presidente de la República, que entregó a éste personalmente el martes 20 de septiembre. Los términos de esta carta, en que transmite los últimos sentimientos e inquietudes de su esposo, aún no se conocen.

15. El regreso definitivo a Buin

A las 10.30 horas el martes 20 de septiembre, centenares de personas se congregaron en la Capilla del Movimiento de Schoenstatt, en La Florida, para participar en la misa por el sufragio del alma de Miguel Kast.

A la ceremonia religiosa, concelebrada por el Obispo Auxiliar de Santiago, Monseñor Manuel Camilo Vial y otros veintiséis sacerdotes, asistieron al Presidente de la República y su esposa- quienes ocuparon un lugar especial frente al altar, a un costado de Cecilia y sus hijos -, los integrantes de la Junta de Gobierno, altas autoridades y numerosos amigos de Miguel, alumnos, compañeros de trabajo y personas que lo habían conocido en alguna de sus numerosas actividades.

El Presidente de la República había enviado a Cecilia, horas antes, un breve pero significativo mensaje, en que le señalaba lo siguiente:

"Profundamente conmovido por el lamentable fallecimiento de su esposo, el ex Ministro de Estado, brillante profesional y distinguido colaborador, señor Miguel Kast Rist, hago llegar a usted y su familia las más sinceras condolencias en nombre del Gobierno que presido, mi esposa y mío en especial.

"Su penosa enfermedad y deceso nos ha afectado hondamente a todos quienes tuvimos el privilegio de conocerlo y de aquilatar el esmerado profesionalismo y cariño con que se realizó cada una de las altas misiones que se le encomendaron y que hoy se mantienen y se enaltecen con el sello de su devoción de servicio y entrega a su Patria".

La carta concluía señalando:

"Al unirme sinceramente al dolor que la embarga ante esta irreparables pérdida, formulo mis más fervientes votos porque con confianza en los designios del Señor, puedan usted y sus hijos alcanzar una cristiana resignación".

La ceremonia tuvo un gran contenido emotivo. Este podía sentirse en el silencio y respeto con que se escuchaban las lecturas, en la letra y la intención de los cánticos, y alcanzó ribetes especiales en el momento en que Miguel Kast Sommerhoff, el hijo mayor – en ese entonces de diez años de edad -, se acercó al altar y leyó una breve oración preparada minutos antes por Cecilia. Con voz entera leyó:

"Querido Padre Dios: Hoy nos hemos reunido como una gran familia de hermanos en torno tuyo para agradecerte por nuestro querido Miguel. En esta Santa Misa queremos darte gracias por todo lo que Tú nos has regalado a través de él, por todo lo que él ha significado para cada uno de nosotros.

"Papito, aprendimos muchas cosas de ti. Tú nos enseñaste con tu testimonio de vida a creer y confiar plenamente en la bondad de Dios. Te entregaste como un niño en las manos de la Santísima Virgen, teniendo la seguridad que Ella te conducía al corazón de Dios.

"Papito, gracias por todo".

"Sólo en el cielo sabremos"

Durante su homilía, escuchada en recogido silencio por todos los presentes, Monseñor Manuel Camilo Vial comenzó señalando: "Me siento muy pequeño para discernir en toda su magnitud el mensaje de Miguel. Si tuviera que resumir en pocas palabras lo que pienso de él, diría que le agradecemos que con su vida y con su muerte nos haya recordado la verdadera vocación del hombre, ser un Hijo de Dios y, por lo tanto, hermano entre los hijos.

"Dios siempre suscita entre los hombres – continuó -, personas que tienen una misión relevante: son los santos, los profetas, instrumentos que el Señor elige para recordarles a los hombres su vocación. Miguel es uno de ellos.

"En el momento histórico en que vivimos, Miguel nos recuerda lo que Jesús propone a sus discípulos: "¿Dónde debe el hombre buscar su felicidad? ¿Dónde puede encontrar el sentido de su existencia?" En nuestro tiempo parece que el hombre ha perdido su centro, su razón de ser, y por eso, consecuentemente, la sociedad también. El hombre de hoy-afirmó-, es capaz de pagar cualquier precio por el poder, por la riqueza,

por el placer y los bienes materiales. Es capaz de odiar, de ser violento hasta llegar a la guerra, a la muerte y la traición. Ese mundo lleva al hombre a su propia destrucción, Miguel nos recuerda los verdaderos valores del hombre y que son los que Jesús repite a sus discípulos y que nos permitirán superar el mal".

Monseñor Vial tuvo también emocionadas palabras para referirse a la labor apostólica personal que realizó Miguel con los amigos y conocidos que trató durante su enfermedad. "Le agradecemos a Dios que Miguel fue signo, sacramento de ese Evangelio- dijo-. Los que tuvimos la gracia de conocerlo quedamos perplejos de su profunda fe sobrenatural que le dio una fuerza irresistible para enfrentar la vida, sus problemas, su trabajo y su enfermedad. ¿A cuántos nos cambió nuestros esquemas? ¿A cuánto nos permitió reencontrarnos personalmente con Dios?... ¿Deponer nuestras actitudes intransigentes?.

"Su lecho de enfermo se transformó en lugar de luz de reconciliación, de reencuentro, en lugar de gracia y de conversación, altar donde se ofreció diariamente lo mejor de los hombres a Dios. Hasta él, sólo llegaron hermanos, a pesar de que en el mundo podían sentirse extraños. Veníamos a dar y salíamos completamente enriquecidos, con la sensación de que el Señor había estado con nosotros en Miguel, en Cecilia y tantos otros..."

La división entre los chilenos y el profundo significado de que la muerte de Miguel hubiera ocurrido el día de la Patria, también motivó sentidas palabras del entonces Obispo Auxiliar de Santiago: "Algunos hermanos me recordaban que el Señor vino a buscar a su hijo Miguel un 18 de septiembre, el día de la Patria. ¡Solo en el cielo sabremos cuánto amó Miguel a Chile! Una entrega sin límite, renunciando a muchos beneficios personales. Su servicio en el Gobierno- como él mismo me lo dijo-, quiso hacerlo especialmente en servicio de los más pobres y más desposeídos. A ellos quiso servirlos desde sus lugares de responsabilidad. Sin duda, es un ejemplo de entrega, de lealtad y de honestidad.

"Hay algo que quiero hacer notar especialmente en este día: Miguel entregó su vida, los sufrimientos, los dolores y cruces de su enfermedad, por la reconciliación de todos los chilenos. Sufrió muchísimo en el último tiempo al constatar la división y el odio creciente entre los chilenos. ¡Quiera el Señor que así como a su muerte siguió la resurrección, así también podamos los chilenos ser testigos de la reconciliación de este pueblo que por vocación es un pueblo de hermanos! ¡Por esto se entregó Miguel conscientemente! ¡Lindo gesto de un cristiano en este Año Santo de la reconciliación!

Pero también el 18 es simbólico para la familia de Schoenstatt – señaló -, a la cual perteneció Miguel desde muy joven. Es el día de la Alianza, es el día de la fundación de esta familia de Iglesia. Es un día de gracias, en esta familia de Iglesia. Es un día de gracias, en esta familia de María que ha nacido y crecido a la sombra del Santuario de Schoenstatt. Para todos nosotros la muerte de Miguel tiene un simbolismo especial, porque fue un fiel hijo de María, un fiel hijo de la Alianza. En Miguel podemos apreciar la fecundidad del amor de María Santísima en los hijos que se le confían. Creo que su devoción a María, en su consagración a Ella, podemos encontrar la clave de la fecundidad de la vida de Miguel. Hermanos: ¡Que el paso de Miguel entre nosotros sea efectivamente el paso del Señor entre nosotros!", concluyó.

Se dejó conducir como un niño

Al término del oficio religioso, el féretro fue llevado en procesión al santuario de la Virgen de Schoenstatt, distante unos doscientos metros de la Capilla. Allí fue despedido por los integrantes del Movimiento, quienes entonaron sus himnos más característicos.

Luego, el cortejo se dirigió por la carretera Panamericana rumbo al cementerio de Buin.

Frente a la tumba de la familia Kast, momentos antes de dar sepultura al cuerpo de Miguel, hicieron uso de la palabra diversas personas. Hablaron el Alcalde de Buin, Manuel Ortiz; el economista Cristián Larroulet, a nombre de la generación joven que Miguel contribuyó a formar; Gonzalo Díaz, su amigo y compañero en el Movimiento de Schoenstatt; Ernesto Fontaine, a nombre de los profesores de la Facultad de Economía de la Universidad Católica; Hernán Büchi- entonces Ministro Director de Odeplán- en representación del Gobierno; y Jaime Guzmán Errázuriz, quien compartió con Miguel importantes años de actividad política en la Universidad.

Cada uno, desde sus particulares puntos de vista, tuvo emocionadas palabras para reseñar la vida y acción de Miguel. Hernán Büchi contó su experiencia personal: "Al rememorar el día, hace ya nueve años, en que tuve la suerte de conocer a Miguel Kast, mil imágenes se agolpan en mi mente. La alegría íntima que experimenté en aquel entonces, al sentir ese impulso de vitalidad que hacían aparecer posibles anhelos y esperanzas que ese dejo de escepticismo, que en todos existe, daban por inalcanzables, es el recuerdo dominante de ese día ya lejano.

"Lo que nunca pasó por mi mente – dijo -, es que llegaría el momento en que en nombre del Gobierno, y como director de la institución desde la cual con tantas esperanzas dio lo mejor de sí mismo, debería despedir a quien tenía esa capacidad de encender la chispa que aúna voluntades y las compromete a servir un objetivo superior. Sólo el recuerdo de su fe en Dios, nos permite resignarnos ante el destino que Dios le tenía deparado, y que en nuestro egoísmo nos cuesta comprender.

"Es para quien habla muy difícil sobreponer a los sentimientos personales que lo embargan, el deber de representar con estas palabras al Gobierno. La imagen del amigo se agranda y hace aparecer con ello difusa aquella que corresponde al hombre público", confesó Büchi.

Jaime Guzmán se refirió especialmente a la labor de Miguel como formador de personas: "¡Cuántos jóvenes, muchos de ellos presentes hoy aquí, sintieron el llamado del amigo a quien hoy despedimos, para incorporarse más que a las meras tareas de un gobierno, a una honda y permanente misión de entrega a Chile! Llamado que, porque tenía la fuerza del testimonio, no resistía negativas ni evasiones. Miguel contribuía así señeramente a que nuestra generación proyectara hasta hoy su continuidad hacia los más jóvenes, sin interrupciones, haciendo posible que ella constituya ya una cadena de eslabones que abarcan todas las nuevas promociones juveniles, y que está cohesionada por comunes ideales y estilos éticos de conducta. He ahí el mayor aporte cívico que pueda realizarse a un país y en cuya prosecución cada uno de nosotros debe sentir hacia delante un requerimiento personal más ineludible que nunca, la obra humana de Miguel constituye una exigencia a continuarla.
"Sin embargo- agregó Guzmán -, faltaba aún lo más importante. Cuando él terminó sus funciones gubernativas, no tenía exactamente claro cómo continuaría su proyección de

servicio público. Quería reflexionar tranquilamente algún tiempo. ¿Podría ser que estuviese desconcertado aquel que era decidido y conductor por excelencia? Si alguien pudo presumir siquiera un atisbo en tal sentido hoy ya tiene la respuesta. Y es que la infinita sabiduría de Dios lo convocaba a una misión todavía mucho más alta.

"Miguel estaba llamado a ser portador de un mensaje del cielo. Pero no se puede ser mensajero vivo de Dios, sin ser también víctima. Grande y sobrecogedor misterio, que sólo penetra con los ojos de la fe. No se puede ser mensajero predilecto del cielo sin ser víctima expiatoria en esta tierra. Quería la Providencia que Miguel expiara aquí no sólo sus humanas imperfecciones- destacó Jaime Guzmán-, sino los pecados de muchos otros, de cada uno de nosotros. Que fuera signo e instrumento de conversión para acercarnos a Dios. En ese rosario por Chile que diariamente se rezó en su casa durante la enfermedad de Miguel, estaba la convocatoria a descubrir en esa práctica religiosa, ignorada por tantos y despreciada por muchos, la forma más sublime y perfecta que tenemos de orar. En ese rezo mariano así ofrecido se encontraban los dos amores supremos que él compartía con su familia: el amor a Dios y el amor a Chile".

Terminados los discursos y las oraciones, el féretro que contenía los restos de Miguel Kast fue sepultado en el mausoleo familiar, donde descansaban ya sus hermanas Mónica y Bárbara. En su tumba se lee lo que Miguel escribió poco antes de morir: "Su mayor anhelo fue llegar al cielo, porque conoció la felicidad y el amor en la tierra. Su camino fue dejarse conducir como un niño por la Virgen, que nunca dejó de guiarlo".